

G-F 8002

DE
A

C. 1169027
f. 105068

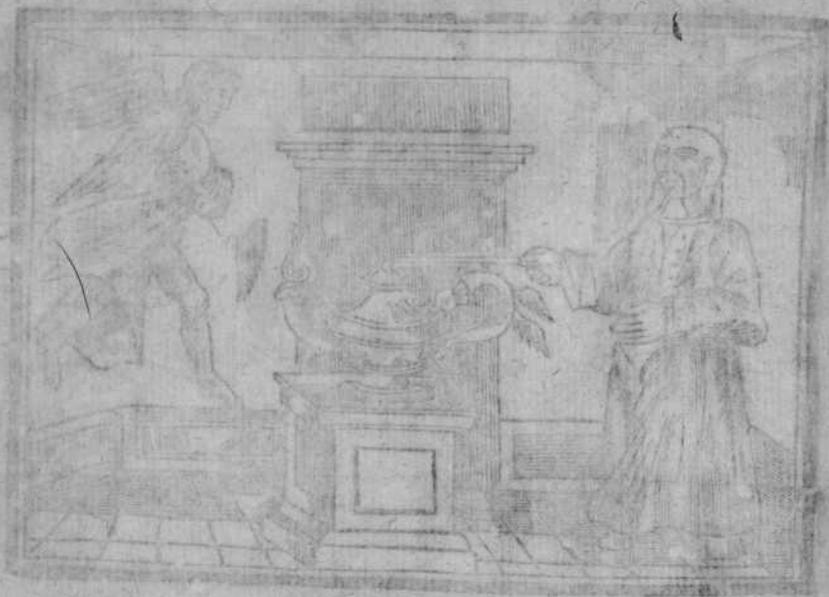
(PLIEGOS 5.)



HISTORIA DE ALADIN,
Ó SEA
LA LAMPARA MARAVILLOSA.
LEYENDA ÁRABE.

Traducida del Francés por D. P. C.

VALLADOLID:
Imprenta de Don Dámaso Santaren.
1845.



HISTORIA DE ALADIN

Ó SEA

LA LAMPARA MARAVILLOSA.

Es propiedad del Editor

DEBENDE ARABE.

Traducida del Francés por D. P. C.

VALLADOLID:
 de Don Dámaso Santaren.
 1845.



HISTORIA DE ALADIN,

Ó SEA

LA LÁMPARA MARAVILLOSA.

En la capital de un reino de la China vivía un sastre, llamado Mustafá, el cual era tan pobre, que apenas su trabajo le producía lo suficiente para mantener á su muger y á un hijo que tenía. Este hijo, que se llamaba Aladin, había sido criado con el mayor descuido, de modo que sus inclinaciones eran las mas perversas. Luego que llegó á tener doce años, sus padres no podían sujetarle; salía por la mañana y pasaba todo el dia jugando en las calles y plazas públicas con otros vagamundos de su edad. Su padre había tratado de hacerle aprender su oficio, para lo cual le sujetaba algun tiempo en la tienda, donde empezó á enseñarle los primeros rudimentos del arte; pero ni con dulzura ni con severidad le fué posible sacar de él partido alguno, de modo que se vió obligado á abandonarle.

Muerto Mustafá, y no pensando el hijo continuar con el oficio de su padre, se vió obligada la viuda á cerrar la tienda, y vendiendo los útiles que tenía se dedicó á hilar cáñamo para poder subsistir con su hijo. Aladin, acostumbrado á no respetar á sus padres, se abandonó totalmente al libertinage. Continuó este género de vida hasta la edad de quince años, cuando una mañana que se hallaba entretenido en la calle con otros muchachos se paró á mirarlo un estrangero que pasaba por la plaza. Este era un insigne mágico que se llamaba el Mágico Africano, y conociendo en Aladin la aptitud necesaria para la egecucion de un importante proyecto que hacia tiempo le ocupaba, se había informado de su inclinacion, del estado de su familia y de cuanto podia convenirle al efecto. Se aprocsimó á él, y separándolo de sus camaradas le dijo: vuestro padre no se llamaba Mustafá el sastre? = Si señor, respondió Aladin, pero hace tiempo que murió.

A estas palabras el Mágico Africano le abraza y le besa muchas veces con lágrimas en los ojos, acompañadas de suspiros. Aladin que le vé llorar le pregunta la causa. ¡ Ah! hijo mio, esclamó el Mágico, cómo puedo yo impedirlo, soy vuestro tío, y vuestro padre era mi buen hermano. Hace muchos dias que estoy viajando, y en el momento que he llegado aquí con la esperanza de volver á verle, me decís que ha muerto: os aseguro que es un dolor irresistible para mí verme privado del consuelo que esperaba; pero lo que tranquiliza algo mi afliccion es que por lo que me puedo acordar reconozco sus facciones en las vuestras y veo no me he engañado dirigiéndome á vos. Preguntó en seguida á Aladin dónde vivía su madre, y luego que satisfizo á su pregunta le

dió un puñado de monedas, diciéndole: hijo mio, marchad á vuestra casa y decid á vuestra madre que iré á verla mañana para tener el gusto de contemplar el sitio donde mi buen hermano ha vivido tanto tiempo y ha concluido sus dias.

Contento Aladin con el dinero que el Mágico le dió, corrió á su casa y preguntó á su madre si tenia algun tio. No, hijo, contestó esta. -- Sin embargo, dijo Aladin, acabo de ver á un hombre que se dice hermano de mi padre, y ha llorado abrazándome cuando ha sabido su muerte, y en prueba de que digo la verdad, ved aquí lo que me ha dado, diciéndome que mañana vendrá á saludaros para ver al mismo tiempo la casa donde mi padre ha muerto. -- Hijo mio, respondió la madre, es cierto que tu padre tenia un hermano, pero hace tiempo que murió y no le oí decir jamás que tuviese otro. A la mañana siguiente el Mágico se encontró á Aladin, le abrazó como el dia anterior, y dándole dos piezas de oro, le dijo: hijo mio, lleva esto á tu madre y dila que iré á verla esta tarde, que disponga lo necesario, pues quiero que comamos juntos. Aladin llevó las dos piezas de oro á su madre, manifestándole la intencion de su tio; ella salió para proveerse de todo lo necesario y disponer la comida; mas como carecia de vajilla tuvo precision de pedírsela á las vecinas; empleó la tarde en prepararla, y cerca del anoecer, así que todo lo hubo dispuesto, dijo á Aladin: tu tio puede que no acierte á casa; sal á ver si le ves venir. Mas cuando Aladin iba á salir llamó el Mágico á la puerta: abrió y conoció á su tio, que traia una buena porcion de botellas y muchas clases de fruta para comer. Despues que el Mágico dió las provisiones á Aladin, saludó á su madre y la suplicó le mostrase el sitio del sofá donde su hermano acostumbraba á sentarse. Ella se le indicó, y posternándose él con lágrimas en los ojos, exclamó: pobre hermano, ¿cuán desgraciado soy de no haber venido antes de vuestra muerte para abrazaros! apartándose de aquel sitio, que aunque la madre de Aladin se lo suplicó, jamás quiso sentarse en el mismo lugar. Habiéndose sentado el Mágico empezó á hablar con la madre de Aladin. Mi buena hermana, no os admireis de no haberme visto en el largo tiempo que habeis estado casada con mi difunto hermano, pues hace cuarenta años que salí de este mi pais nativo. En todo este tiempo he viajado en las Indias, Persia, Arabia, Siria, Egipto, y me establecí por último en Africa. Mas por lejos que el hombre se halle de su patria es natural se acuerde de ella: siempre me acompañaron deseos de abrazar á mi hermano mientras tuviese fuerzas para emprender este largo viaje. Omitiré el mucho tiempo que he gastado en hacerle, y de los obstáculos que he tenido que superar; pero nada de esto tiene comparacion con la muerte de mi hermano; mas como ya no hay remedio, desde este dia haré todo el bien que pueda por vos y mi sobrino. Pero dime, Aladin, ¿en qué te ocupas? ¿sabes algun oficio? A esto Aladin bajó los ojos, y su madre dijo: es un hoigazan, bastante ha hecho su padre para que aprendiera oficio, pero jamás lo pudo conseguir, y despues de su muerte, á pesar de todo lo que yo le he podido decir, no he conseguido otra cosa, sino que se haya hecho un vagamundo, pasándose todo el dia en la calle jugando con los otros muchachos como lo habeis visto; si vos no le haceis entrar en sus deberes, desconfio que nunca valga nada. Entonces el

Mágico con gravedad dijo á Aladin: eso no es bueno, es preciso que te apliques, hay muchos oficios y es menester que tomes alguno, y si oficio no te agrada y quieres ser comerciante, yo te tomaré una tienda bien provista para que puedas vivir honradamente. Piensa en eso y dime francamente lo que quieres. Esta oferta lisonjeó mucho á Aladin por gustarle poco el trabajo, y dijo á su tío: que mas le gustaba el comercio que oficio alguno.

Pues si esta profesion te agrada haré vestirtte decentemente, y pasado mañana te alquilaré una tienda del modo que yo espero. La madre, dudosa hasta entonces del parentesco que alegaba el Mágico, lo creyó desde que vió las ofertas generosas que hacia á su hijo, tributándole gracias por sus buenas intenciones y exortando á Aladin se hiciera digno de todos estos bienes. Se pusieron á comer, y entre tanto rodó la conversacion sobre este mismo asunto; mas concluida, el Mágico se retiró.

A la mañana siguiente no faltó, segun lo habia prometido, se llevó á Aladin á casa de un mercader que vendia ropas hechas de todas clases, hizo que le sacasen los vestidos mas propios, y apartando los mejores, hizo que su sobrino eligiese el que mas le agradase. Este eligió uno muy bonito, con el que recorrió los sitios mas frecuentados de la villa, particularmente donde estaban las tiendas de los mas ricos comerciantes, y le dijo: como espero que dentro de poco seas un comerciante como estos que ves en sus tiendas, es preciso que los conozcas y te conozcan. Despues le llevó á las mas bellas mezquitas y al palacio del Sultan. Por último, despues de haber recorrido todo lo que habia digno de verse, le llevó á su alojamiento, en donde les sirvieron la mas brillante comida. Pero Aladin viendo que era tarde, y que su madre estaria con cuidado, se retiró acompañado del Mágico.

Luego que su madre le vió tan bien vestido, no cesaba de dar gracias al Mágico por haber hecho un gasto tan grande con su hijo. Este la dijo que nada era aquello en comparacion de lo que pensaba hacer por él; añadiendo, como mañana es viernes y las tiendas están cerradas, vendré por mi sobrino temprano y le llevaré á que vea los jardines de palacio. En efecto, al otro dia vino muy de mañana; vamos, hijo, dijo á Aladin, quiero que veas grandes y bellas cosas. Se lo llevó por una calle donde habia muchas y buenas cosas, todas con deliciosos jardines, que encantaban su vista. Aladin preguntaba continuamente á su tío cómo se llamaban sus dueños. En fin, habiendo llegado á un jardin mucho mas hermoso que los precedentes, se sentaron en el borde de un magnífico estanque que recibia el agua por la boca de un leon de bronce: sobrino, dijo el Mágico, descansemos aquí un poco, y tomaremos algo de las provisiones que he traído, porque tú ya tendras apetito, y cojeremos aliento para disfrutar de otras cosas mejores que hay á corta distancia de aquí. De que concluyeron de comer varias especies de carnes, frutas y otras cosas que sacó de un lienzo, continuaron su camino al través de los jardines; insensiblemente se fueron alejando y cruzando la campiña, llegaron á dos montañas separadas por un valle de muy poca estension. Este era el sitio que el Mágico tenia designado para la egecucion del gran proyecto que le habia hecho venir desde la estremidad del Asia hasta la China. De aquí no pasamos, dijo Aladin, te voy á hacer ver en este sitio cosas extraordinarias y desconocidas á

los mortales, y despues que las veas me darás las gracias por tantas maravillas que nadie sino tú ha visto. Mientras enciendo esta mecha junta las hojas que puedas para hacer lumbre.

Aladin con poco trabajo juntó un buen monton, y así que el Mágico las hubo inflamado las echó un perfume que traia dispuesto, levantándose un humo tan espeso que se empezó á esparramar por uno y otro lado interin él pronunciaba palabras que Aladin no podia comprender. En el mismo momento tembló la tierra un poco, y abriéndose delante del Mágico y de Aladin, dejó ver una piedra de cerca de dos pies en cuadro colocada horizontalmente con un anillo de bronce en medio para levantarla. Aladin asustado de lo que veia quiso huir, mas el Mágico deteniéndole, le dió tan fuerte bofetón que le echó por tierra. El pobre Aladin, con lágrimas en los ojos, exclamó á su tio: ¿qué he hecho para que me trateis así?—Tengo mil razones para hacerlo, le respondió; soy vuestro tio y ahora hago las veces de padre y no debeis replicarme. No temas, nada te pido mas que me obedezcas esactamente, si quiereres merecer las grandes ventajas que voy á hacerte. Con estas promesas se calmaron un poco los temores de Aladin; has visto (continuó su tio) lo que he hecho por la virtud del perfume y palabras que he pronunciado? has de saber que debajo de esta piedra te está guardado un tesoro que te hará algun dia el mas rico y poderoso de los reyes. A nadie sino á tí, le está permitido tocar esta piedra y levantarla para entrar; á mi mismo me está prohibido el tocarla y poner el pie en el tesoro que ella encierra; por lo que es preciso que egecutes punto por punto lo que yo te diga sin faltar á nada, considera cuál será la consecuencia para tí y para mí. Pero tio mio, dijo Aladin, de qué se trata? en todo estoy dispuesto á obedeceros. Eso me gusta, dijo el Mágico abrazándole; toma este anillo y levanta la piedra. Pero tio, dijo Aladin, si no tengo suficiente fuerza para levantarla; es preciso que me ayudeis.—No, respondió el Mágico, no necesitas de mi ayuda, y entonces ni tú ni yo haríamos nada: pronuncia el nombre de tu padre y de tu abuelo teniendo el anillo agarrado, y al levantarte se vendrá ella contigo. Aladin hizo lo que le previno su tio, y levantando la piedra la puso á un lado.

Una cueva de tres ó cuatro pies de profundidad se descubrió con una pequeña puerta y algunos escalones para bajar. Hijo mio, dijo entonces el Mágico, ten cuenta con lo que voy á decirte: baja á esa cueva y cuando estés abajo hallarás una puerta abierta que dá entrada á una gran pieza dividida en tres grandes salas, una despues de otra, en cada una de ellas verás á derecha é izquierda cuatro vasos de bronce, grandes como cubas, llenos de oro y plata; pero guárdate bien de tocarlos. Antes de entrar en la primera sala cójete el vestido y rodéatele al cuerpo; continuas á la segunda y tercera sin detenerte nada, guardándote siempre de llegar á la pared, porque al punto serias muerto. En la última sala hallarás una puerta que conduce á un jardin con frondosos árboles frutales, despues que atraveses el jardin encontrarás una escalera con cincuenta escalones que sale á un terrado; de que te halles en él, verás un nicho, y en él una limpara encendida; la apagarás, viertes el aceite, sin reparo de emporcarte el vestido, y tráemela. Mas si la fruta del jardin te gusta, puedes tomar la que quieras; y sacando el Mágico un anillo del de-

do, se le puso á Aladin, diciéndole que era un preservativo contra todo lo que le pudiera suceder, encareciéndole, que cuanto antes pusiera en obra todo lo dicho, que pronto iban á ser ricos uno y otro. Aladin no se detuvo un instante, salta en la cueva, pasa con el mayor cuidado las tres sales, sube la escalera y coge la lámpara. Se detiene en el jardín considerando la fruta de los árboles, que le parecía de cristal, tomó una gran parte de ella, llenándose los bolsillos y el pecho. El se imaginaba que esta fruta no servía de nada, porque aun no se hallaba en estado de conocer su precio; pues no era otra cosa que diamantes, brillantes y piedras preciosas. Cargado así de tanta riqueza sin conocerlo, volvió á salir por las tres salas en busca del Mágico que con impaciencia le esperaba. Así que le vió, tio mío, le dijo: dadme la mano para subir.--Hijo, le contestó el Mágico: dadme la lámpara antes que pueda embarazarte.-- No me incomoda, tio: yo os la daré luego que haya subido. El Mágico se obstina en que le diese la lámpara, y Aladin rehusa absolutamente el dársela hasta que estuviese fuera. Entonces el Mágico desesperado con la resistencia de Aladin, echa un poco de perfume sobre el fuego que aun ardía, pronuncia las palabras de encanto, y se cerró la entrada de la cueva como estaba antes. El Mágico era cierto que no tenía parentesco con Mustafá el sastre, y por consecuencia menos con Aladin. Era del Africa, y como es un país donde hay tanto mago, se habia dedicado á este arte; despues de un estudio de cuarenta años de operaciones geométricas habia descubierto que existia una lámpara maravillosa, cuya posesion hacia el más poderoso de todos los monarcas del universo. Con las mismas operaciones habia descubierto que esta lámpara estaba en un lugar subterráneo en medio de la China, en el sitio y con todas las circunstancias que llevamos esplicadas: persuadido de la verdad de este descubrimiento partió de la estremidad del Africa, y despues de un largo y penoso viage llegó á la ciudad vecina del tesoro; pero aun cuando la lámpara estaba en este sitio, no podia él entrar, otro era el que debia entrar por ella; y con este motivo se dirigió á Aladin por parecerle un jóven sin experiencia y propio para hacerle este servicio; resuelto luego que tuviese la lámpara en la mano sacrificarle á su avaricia para no tener testigos. Mas cuando vió sus esperanzas perdidas, no le quedó otro partido que volverse á Africa, como así lo hizo inmediatamente.

Segun la apariencia no se debe esperar volver á hablar de Aladin, pero aquel que habia creído perderle para siempre, no se acordó del anillo que le puso en el dedo; en efecto, esta fué la causa de salvarse; mas como Aladin ignoraba su virtud cayó en la mas grande desesperacion, viéndose enterrado vivo: llamaba mil veces á su tio, de quien no esperaba maldad semejante, gritaba, le ofrecia dar la lámpara, pero en vano eran sus lamentos, inútiles sus esfuerzos, no habia medio de ser oido, por lo que permaneció en las tinieblas y oscuridad. En fin, despues de haber dado algun curso á sus lágrimas, se bajó hasta lo último de la escalera en busca de la luz del jardín; pero cuál fué su sorpresa al ver que el mismo que por encanto estaba abierto se habia vuelto á cerrar. Tentaba al rededor de si en busca de la puerta, mas no la hallaba, redoblaba los gritos y lamentos y por último se sentó en los escalones desesperanzado de no ver jamás la luz, con la idea cierta de morir en

las tinieblas. Permaneció en este estado de desesperación dos días sin comer ni beber cosa alguna, mirando la muerte como inevitable; levanta los ojos y las manos al Sér supremo, esclamando: Dios mio, no hay fuerza ni poder en vos para que yo me libre de esta desastrosa muerte? En este estado permaneció algunos instantes con las manos juntas, cuando tocó sin pensar en la sortija que el Mágico le habia dado. Al momento se le aparece un genio de una figura enorme, cual si hubiera salido de la tierra, y le dice estas palabras: ¿qué te se ofrece? vedme aquí dispuesto á obedecerte como esclavo y esclavo de todos los que tengan esa sortija en el dedo, yo y todos los esclavos de la sortija. Aladin, á pesar de no estar acostumbrado á semejantes visiones, y que de miedo podia no haber acertado á responder, ocupado únicamente del presente peligro, respondió al genio con la mayor soltura, cualquiera que seas, sácame pronto de este sitio. Apenas hubo pronunciado estas palabras se abrió la tierra, y se encontró fuera de la caverna, y en el mismo sitio donde el Mágico le habia dejado.

Inmediatamente se encamina á la ciudad por el mismo camino que el Mágico le habia llevado. Así que entró en su casa con la alegría de volver á ver á su madre, le sobrecogió un accidente que le duró algunos minutos. La madre que le habia llorado como muerto, no perdonó reactivos para hacerle volver en sí. Luego que se tranquilizó, lo primero que dijo á su madre fué que habia tres dias estaba sin desayunarse; y así, que antes de nada le diera algo que comer; la madre le llevó lo que tenia, encareciéndole comiese con tiento para que no le hiciera daño, que no queria la contase nada de lo que le habia sucedido hasta despues. Aladin siguió el consejo de su madre, comió poco y bebió en proporcion. Luego que se halló en estado de contar á la madre lo que le habia sucedido, empezó haciéndola una relacion esacta de todo sin omitir el paso de las tres salas, el jardin, el terrado, y sobre todo donde habia tomado la lámpara que vió su madre, entregándola las frutas trasparentes y de diferentes colores que cojió en el jardin, contándola tambien lo ocurrido al salir de la cueva. Mas como carecia de todo reposo desde que habia salido de su casa, se retiró á descansar por toda la noche, no levantándose al dia siguiente hasta muy avanzada la mañana.

Así que se levantó pidió á su madre el desayuno, mas como esta carecia de todo: ¡ay! hijo mio, le dice: no tengo ni siquiera un pedazo de pan que darte; ayer tarde concluíste con las pocas provisiones que habia en casa; pero ten un poco de paciencia que no tardaré en traer alguna cosa; venderé un poco de lino que tengo, y compraré algo que puedas comer. — Madre, reserve usted ese lino para otra ocasion, venderé la lámpara que traje ayer tarde y tendremos para comer. La madre se la alargó de donde la habia puesto, y observando que estaba puerca tomó un poco de arena y agua para limpiarla, á fin de que les valiera mas; pero apenas empezó á restregarla se le apareció un genio de una altura enorme, y dijo: ¿qué quieres tú? vedme aquí dispuesto á obedecerte como tu esclavo y de todos los que tienen la lámpara. La madre asustada de aquella vision no pudo articular palabra y cayó en un profundo desmayo. Aladin que habia tenido una aparicion semejante, sin perder tiempo, toma la lámpara y dice: tengo hambre y quiero que me traigas de comer.

Desaparece el genio y al instante vuelve con un barreño de plata, doce platos de lo mismo llenos de excelentes viandas, seis panes blancos, dos botellas de vino esquisito, y en la mano dos tazas de plata; y poniéndolo todo encima de la mesa, desaparece. Todo se hizo con tanta prontitud que el genio desapareció por segunda vez y la madre aun no había vuelto del desmayo. Aladín la salpicó algunas gotas de agua en la cara, y viendo que volvía en sí, la dijo: levantaos, venid á comer; ved que hay con que saciar nuestro apetito. La madre, aunque sorprendida de ver aquel aparato, con el suave y delicioso olor que la comida exhalaba se pusieron á comer con tanto mas apetito, cuanto ni la madre ni el hijo se habían hallado jamás en tan buena mesa. Los dos que simplemente querían hacer un almuerzo, llegó la hora de comer y todavía estaban en la mesa, tal era la delicia de los manjares. Despues que concluyeron, luego que hubo guardado las viandas que estaban sin empezar, se recostaron en el sofá, y dijo la madre á Aladín; espero me saques de la impaciencia en que me hallo por saber cómo se ha hecho todo lo que he visto.-- Madre, respondió Aladín, el genio que se nos acaba de aparecer aquí no es el mismo que se me apareció en la cueva, aunque algo parecidos, son diferentes: si recordais, el uno era esclavo de la sortija y el otro de la lámpara, segun ha dicho.-- Qué, dijo la madre, ¿es la lámpara la causa que ese infernal genio se haya dirigido á mi primero que á ti? ¡ah hijo! quítala delante de mis ojos, ponla donde yo no vuelva á verla, y mucho menos tocarla; y si me quieres creer, véndela, porque es muy perjudicial el comercio con tales genios.-- Me guardaré (dijo Aladín) de vender una cosa que nos es tan útil. ¿No veis lo que nos acaba de proporcionar? Es necesario que ella continúe suministrándonos todo lo necesario. Debeis juzgar, como yo, que con razon mi falso tío había sufrido tantos desvelos para lograr esta maravillosa lámpara, despreciando el oro que contenian las otras salas, solo por lograr el superior tesoro; pues ya que la casualidad nos la ha puesto en las manos, hagamos uso de ella y participemos de lo que promete.

Al siguiente dia, despues de comer de las provisiones que el genio había traído, no quedó cosa alguna; y tomando uno de los platos fué á venderlo. Se dirije á un judío, y mostrándole el plato, le invita á que se lo compre; el judío toma el plato, le examina, conoce que es de una excelente plata, y le pregunta en cuánto le estima. Aladín, ignorante de su valor y poco versado en semejante comercio, se contenta con decirle, que comprendia muy bien su valor, pero que lo dejaba á su buena fé.

El judío embarazado con la ingenuidad de Aladín, con la incertidumbre de si conocia ó no su valor, saca de su bolsa una pieza de oro, que ni era la décima parte de su precio, y se la presenta; éste la toma y se retira prontamente. Entonces viendo aquel que Aladín no conocia el valor de lo que vendia, le amonesta para que le venda todos los platos que tenga de aquel metal; éste hace todas sus provisiones, y con ellas se retira á casa de su madre.

Continuaron viviendo de este modo la madre y el hijo hasta tanto que se concluyeron los platos y librillos; y apelando entonces Aladín á la lámpara, la coje en sus manos, busca el sitio donde su madre había tocado; de que le ha-

lla, frota, y al punto se le aparece el mismo genio como esclavo del que tiene la lámpara; tengo hambre, le dice, tráeme que comer; y sin detenerse parte y vuelve cargado de otra provision igual á la primera, con la servidumbre de plata. La madre de Aladin advertida del designio del hijo, habia salido de casa á hacer sus negocios, á fin de no encontrarse allí cuando el genio viniese: entró poco despues, vió la mesa muy bien provista y guarnecida, y en seguida se pusieron los dos á comer.

A los dos dias advierte Aladin que las provisiones se habian acabado; coje un plato y se vá en busca del judío para vendérsele; pasó por la puerta de un platero, hombre de bien y de grande probidad. El platero, que le vé, le llama, y le hace entrar. Hijo, le dice, os he visto pasar muchas veces cargado á casa de un judío, y volver á poco sin la carga; me he imaginado que le vendeis lo que llevais; pero ignorais que ese judío es un embustero y un tramposo. Si quereis enseñarme y venderme lo que llevais, yo os daré su justo precio; y sino, os diré adonde lo habeis de llevar que os lo pagarán por todo su valor. La esperanza de tomar mas dinero hizo que Aladin enseñára su plato; el anciano que conocia que el plato era de una esceleute plata, le preguntó si habia vendido otros iguales al judío y cuánto le habia dado por ellos. Aquel le contestó que doce le habia vendido y que por cada uno le habia dado una pieza de oro. Ah ladron! exclamó el platero, os ha engañado; el plato es de la mejor plata que puede encontrarse; puso la balanza y le pesó, y halló que su valor era de setenta y dos piezas de oro, las que entregó á Aladin inmediatamente. Este le dió las gracias y le prometió que cuantos tuviese necesidad de vender se los llevaria.

Aunque Aladin y su madre tuviesen una mina inagotable en la lámpara, continuaron viviendo en su estado frugal, esceptuando lo que Aladin reservaba para sus gastos particulares, y para proveerse de las comodidades necesarias en su pequeña casa. Con una conducta tan sóbria se puede juzgar para cuántos años tendrian con la suma de los doce segundos platos al precio que el platero se los pagaba.

En este intervalo, Aladin, que no faltaba á visitar personas de distincion en las tiendas de los mas ricos mercaderes, mezclándose algunas veces en sus conversaciones, acabó por tomar las costumbres del gran mundo. Por esta causa conoció en casa de un jovista que las frutas trasparentes que en el jardin habia cogido no eran de vidrio, y sí piedras de infinito valor. Estando un dia paseándose en un cuartel de la villa, oyó publicar en alta voz una orden del Sultan, previniendo cerrasen las tiendas y las puertas de las casas hasta que pasare y hubiese vuelto del baño su hija la princesa Badabudur. Esta orden hizo nacer en Aladin el deseo de ver á la princesa descubierta, pero no podia ser no metiéndose en casa de algun conocimiento y verla por entre la celosia, lo que no le gustaba, por tener esta la costumbre de llevar un velo sobre la cara. Para satisfacer su curiosidad se le ocurrió un medio, que fué ponerse detrás de la puerta del baño por hallarse esta en disposicion de poderla ver de frente. A poco rato, la princesa pareció, y él la vió venir á su gusto sin ser visto de nadie: venia acompañada de una multitud de mugeres y eunucos que marchaban á su rededor. Cuando se halló á tres ó cuatro pasos de

la puerta del baño, se descubrió, de suerte que Aladín la pudo ver tanto mas á su gusto, quanto que venia derecha á él. Hasta entonces Aladín, que no habia visto otras mugeres que su madre ignoraba si todas eran como ella, ó si las habia mas hermosas, pero de que vió á la princesa perdió la duda que tenia de si todas las mugeres serian poco mas ó menos iguales. Pronto variaron sus sentimientos, no pudiendo su corazón rehusar las inclinaciones del objeto que acaba de encantarle. En efecto, á la princesa adornaba el moreno mas hermoso, tenia unos grandes, vivos y brillantes ojos, un mirar dulce y modesto, la nariz de una justa proporcion, sin defecto alguno, la boca pequeña, los lábios bermejos y tan encantadores por su agradable simetría; en una palabra, toda ella reunia la mas perfecta hermosura. No tenia nada de extraño que Aladín quedase casi fuera de sí á la vista de tantas maravillas para él hasta entonces desconocidas. Por lo que permaneció algun tiempo fuera de sí hasta que advirtió que la princesa habia pasado de regreso del baño y tomó el partido de retirarse.

La madre de Aladín sorprendida de verle tan turbado é inquieto, le pregunta si alguna cosa le habia sucedido ó si se hallaba indispuerto; pero Aladín sin contestarla se sentó sobre el sofá, donde permaneció ocupado en la encantadora Badabudur. Su madre preparaba la comida, y luego que la tuvo dispuesta la puso junto al sofá y se sentó á la mesa; pero como viese que su hijo no hacia ninguna atencion, le advirtió que la comida estaba servida, y la costó trabajo que mudara de situacion. Comió poco, con los ojos bajos y con un silencio tan profundo que á su madre no la fué posible sacarle la menor palabra, por mas preguntas que le hizo para saber el motivo de su tristeza.

A la mañana siguiente luego que se levantó se sienta al lado de su madre y la dice: madre, rompiendo el silencio que he guardado desde ayer, y que he notado os ha puesto en cuidado, voy á deciros que no estoy malo, como me ha parecido que lo habeis creido, pero no puedo deciros lo que siento, porque á mi mismo no me es posible el saberlo, pero acaso vos lo conocereis mejor por lo que voy á explicar. Sin duda ignorais que ayer la princesa Badabudur fué al baño despues de comer. Se publicó un bando para que se cerrasen las tiendas y retirarse cada uno á su casa para dejar el paso libre á esta princesa. Mas como yo me hallaba cerca del baño, la curiosidad de ver su rostro, me hizo concebir la idea de ponerme detrás de la puerta del baño, figurándome que se quitaria el velo al entrar, como así lo hizo, y tuve la felicidad de ver esta amable princesa con la mas grande satisfaccion; ved ahí, madre, el motivo de mi tristeza. Yo amo á la princesa con tal violencia que no os la puedo explicar, y como mi pasion se aumenta á cada momento, siento que no puede estar satisfecha mas que con la posesion de la princesa, causa que me obliga hacerla pedir en casamiento al Sultan.

La madre que habia escuchado el discurso de su hijo con bastante atencion hasta las últimas palabras, no pudo menos de echarse á reir, cuando entendió que su deseo era pedir en casamiento á la princesa. Aladín quiso proseguir, pero interrumpiéndole su madre, le dijo: ¡ah hijo! ¿en qué piensas? es preciso que hayas perdido el juicio, para haberme

tenido un discurso semejante.-- Madre, dijo Aladin, puedo aseguraros que me hallo con mi cabal sentido; he prevenido me tendriais por un loco extravagante, pero nada de eso me impide que os diga mi resolucion de pedir la princesa en casamiento.-- Sí, pues á la verdad, hijo, que ignoro por quién habrás proyectado hacer esta peticion al Sultan.-- Por vos misma, la dijo Aladin.-- ¡Por mí! exclamó la madre, y al Sultan? Yo me guardaré bien de meterme en eso. ¿Quién eres tú, para tener el atrevimiento de pensar en la hija del Sultan? ¿Has olvidado que eres hijo de un miserable sastre de la capital? ¿Sabes tú que los Sultanes no se dignan conceder sus hijas mas que á hijos de Sultanes que tienen la esperanza de reinar algun dia?-- Madre, ya os he dicho que he previsto todo eso; ni vuestros discursos, ni vuestras reconvenciones, me harán cambiar de sentimientos. Os he dicho que vos me habeis de pedir la princesa en casamiento; y es una gracia que os pido, con el respeto que debo. La madre de Aladin se encontró muy confusa cuando vió la terquedad de su hijo. Soy tu madre, le dijo, y por solo este deber, no hay cosa en el mundo que no esté dispuesta á hacer por tí. Si fuera por lo menos hablar por alguna de las hijas de nuestros vecinos de la misma condicion que la nuestra, me emplearia de muy buena gana en hacerlo; pero con la hija del Sultan.... Los pobres como nosotros, lo primero que deben procurar antes de casarse, es tener con que vivir. Pero sin reflexionar tu humilde nacimiento, el poco mérito y pocos bienes que posees, alzas el vuelo hasta el mas alto grado de fortuna; y tu pensamiento se remonta hasta pedir en casamiento á la hija del Sultan, que con solo una palabra puede perderte. ¿Cómo has podido pensar en un casamiento tan extraordinario? Yo me supongo con el suficiente atrevimiento para ir delante de S. M. á hacerle una demanda tan singular; y á quién me dirijo para que me introduzca? ¿te imaginas tu que el primero á quien yo me dirija no me tratará de loca, y me echará indignamente como merezco? Supongo todavia que no tenga dificultad en presentarme en la audiencia del Sultan; bien sabido es que cuando uno se presenta á pedirle una gracia, la concede si el que la pide es digno de ella. ¿Pero tú estás por ventura en ese caso? Crees tú haber merecido la gracia que pides? Qué has hecho por la patria, ni por el príncipe, ó qué es lo que te hace digno de ella? ¿Cómo podré abrir la boca para proponerlo al Sultan? Solo su presencia no me permitiria articular palabra. Hay otra razon, y es que cuando uno se presenta al Sultan, es preciso llevar un regalo. ¿Y qué presente tienes tú que ofrecerle? Aun cuando tuvieses alguna cosa digna de tan gran monarca, ¿qué proporcion guardaria con tu demanda? Reconcíliate tú mismo, y reflexiona que aspiras á una cosa que te es imposible obtener. Aladin con la mayor tranquilidad estuvo meditando todo lo que su madre le decia, y despues con la serenidad mas grande, la dijo: es cierto, madre, que es una gran temeridad atreverme á dirigir mis pensamientos tan altos, y una temeridad mayor haber ecsigido de vos con tanto calor hacer la proposicion de mi enlace al Sultan, sin prepararos antes los medios mas propios para

conseguir una audiencia y una acogida favorable; de todo ello os pido perdon; pero en la violencia de la pasion que me domina no estrañeis si no medité bien antes todo lo que me puede proporcionar el reposo que necesito. Amo á la princesa mas de lo que podeis imaginaros, y persevero en el desigño de poseerla; es una cosa ya resuelta en mi imaginacion. Me decís que nada tengo que presentar en regalo que sea digno del Sultan, puesto que es preciso, es verdad, no pensé en ello; pero lo que he traído el dia que me libré de una muerte inevitable, basta para hacer un presente al Sultan. Hasta ahora creí que nada valia, pero estoy bien informado de que son piedras preciosas y de un precio inestimable. Sí, podeis creerlo, he conocido su mérito frecuentando las tiendas de los joyeros. Vos teneis una porcelana bastante grande, y de una hechura muy propia para ponerlas; llevadlas y veremos el efecto que hace en el Sultan cuando las vea reunidas. La madre la trajo, y sacándolas él de las bolsas, las fué colocando con la mejor simetría en la porcelana. De modo que puestas al sol, su brillantéz fué tal que la madre y el hijo quedaron sorprendidos. Porque aunque Aladin las habia visto cada una en su árbol, ni hacian el mismo efecto ni él como era tan niño las habia mirado mas que como juguetes, y no habia pensado en su gran mérito.

Despues de haber admirado por algun tiempo la hermosura del presente, Aladin dijo á su madre: ahora bien, ya no podeis tener excusa de presentaros al Sultan por carecer de regalo; me parece que este os proporcionará una favorable acogida. La madre aunque no conceptuaba el presente apesar de su hermosura y brillo, con el precio en que le graduaba su hijo, juzgó que podria agradarle, pero ella no miraba bien la demanda que Aladin queria hiciese con el favor de este presente al Sultan. Y así luego que fué llegado el momento tomó la porcelana y marchó al palacio llena de satisfacción.

Cuando ella llegó á la puerta del palacio, acababan de entrar el gran Visir, acompañado de los demas visires y señores de la córte; el tropel de los pretendientes que tenian negocios en el divan era grande; se abrió la puerta, y entraron todos en un grande y magestuoso salon. La madre de Aladin se colocó de manera que estaba enfrente del Sultan, el Visir y los demas señores que componian el consejo. Fueron entrando los pretendientes por órden, y sus negocios se fueron evacuando hasta la hora ordinaria en que se cierra el divan. Entonces se levantó el Sultan, y despidiendo el consejo, se entró en su departamento. Todos aquellos que habian concluido sus negocios se retiraron, y la madre de Aladin hizo lo mismo, aunque no habia podido hablar al Sultan. Cuando Aladin la vió entrar con el presente en la mano, no supo qué pensar del suceso de su viage; con el temor en que estaba de que hubiese sucedido alguna cosa funesta, no tenia valor para preguntarla cosa alguna. Su madre que nunca habia puesto los pies en palacio, y por consecuencia ignoraba lo que diariamente se practica, sacó á su hijo del embarazo en que se hallaba, diciéndole: hijo, he visto al Sultan, y estoy bien persuadida que él tambien me ha visto, pues

me he puesto frente al trono, de modo que nadie me impedia la vista, pero estaba tan ocupado con todos los que le hablaban, que me daba compasion de ver con qué trabajo atendia á tantos negocios; como que cansado de tanto tiempo, se ha levantado y retirado á su cuarto sin querer oír á tanta gente que se ha quedado sin audiencia.

A la mañana siguiente volvió á palacio, pero infructuosamente, porque supo en él, que solo un dia á la semana habia audiencia pública. Por espacio de seis dias seguidos estuvo yendo á la audiencia, sin que en ninguno de ellos tuviese la dicha de hablar al Sultan.

Mas un dia despues de levantado el consejo, cuando el Sultan habia entrado en su habitacion, dijo á su gran Visir: hace dias que estoy viendo venir á una muger que trae alguna cosa envuelta en un lienzo, ella permanece en pie desde el principio del consejo hasta que se concluye. ¿Sabeis lo que pide? El gran Visir le respondió que no sabia la pretension de aquella muger; pero que no ignoraba que estas suelen querellarse las mas veces por poca cosa; esta vendrá á noticiar á V. M. sus quejas que regularmente será alguna bagatela. El Sultan, poco satisfecho con esta respuesta, le dijo: si al primer consejo esa muger viene, llamadla, á fin de que yo la escuche. El Visir se posternó en señal de obediencia. La madre de Aladin de tal manera se acostumbró á ir al palacio, que ni un dia siquiera faltaba; de esta suerte el primer dia de consejo se colocó, segun tenia de costumbre, frente al Sultan; todavia el Visir no habia empezado á dar cuenta de los negocios, cuando la vé el Sultan y dice á su Visir: mira la muger de quien te he hablado; hazla venir y sabremos lo que pide.

Al momento el gran Visir mandó al gefe de los ugierees trajese aquella muger, el que inmediatamente la condujo hasta el pie del trono. Ella instruida por tantos como habia visto llegar á los pies del Sultan, se posternó con la frente en el suelo hasta que el Sultan la mandó levantar, diciéndola: buena muger, hace tiempo que te veo permanecer en mi divan desde que se empieza hasta que se acaba: ¿qué negocio te conduce hasta aquí?— Monarca de los monarcas del mundo, antes de esponer á V. M. el motivo extraordinario y casi increíble que me obliga parecer delante de vuestro trono, le suplico me perdone el atrevimiento de mi solicitud: es tan poco comun, que tiemblo y me avergüenzo en proponérselo á mi Sultan. Este, para que se esplicase con mas libertad, mandó que todos menos el Visir desocupasen el divan, lo que así se hizo, suplicándola hablase sin temor. Señor, dijo: debo aun decir á V. M. que en caso de que encuentre la súplica que voy á hacerle ofensiva é injuriosa, me conceda antes el perdon y su gracia.— Sea lo que sea, respondió el Sultan, os perdono desde ahora, asegurando que no os sucederá mal alguno. Entonces la madre de Aladin le cuenta sencillamente en que ocasion su hijo habia visto á la princesa Badabudur, el amor violento que esta le habia inspirado, la declaracion que este le habia hecho, lo que ella le habia respondido; y por último, que la obligaba á presentarse al trono del monarca para pe-

ñana antes de amanecer. El genio se le llevó en camisa, y despues de haberle puesto en el lugar designado, echóle un soplo que le dejó sin movimiento. Por muy grande que fuera la pasión que tenia Aladin á la princesa, no por eso se atrevió á tocarla; antes con el mayor respeto la dijo: no temais nada, adorable princesa; vos estais aquí en seguridad, y por violento que sea el amor que profeso á vuestra hermosura, no me hará jamás salir de los límites del respeto que os debo. Si he dado este paso, no ha sido con intencion de ofenderos, sino por impedir que un injusto rival os posea, contra la palabra que vuestro padre tiene dada á mi favor. La princesa que no sabia nada de estas particularidades, presto poca atencion á todo lo que la decia; el miedo y la admiracion con un acontecimiento tan grave, no la permitia responder, por lo que Aladin no pudo sacarla ninguna palabra. Visto esto no permaneció mas tiempo así, y tomando el partido de desnudarse, se metió en el sitio del hijo del Visir, con la espalda vuelta, despues de poner un sable entre los dos, para manifestar queria ser castigado si atentaba contra la honestidad de la princesa. Contento Aladin de haber privado á su rival del placer que él se habia imaginado, se durmió tranquilamente. Por la mañana, sin necesidad de frotar la lámpara, se apareció el genio luego que se habia vestido, y le dijo: ¿qué tienes que mandarme? ves por el hijo del gran Visir, ponle en la cama y vuélvela á palacio. El genio ejecutó esta orden con la mas grande prontitud, sin que en ninguna de estas operaciones fuese visto ni por la princesa, ni por el hijo del gran Visir. No habia hecho mas que dejar la cama en su lugar, cuando el Sultan con el deseo de saber cómo habia pasado la noche su hija, entró en el cuarto para saludarlos; el hijo del Visir muerto de frio, pues aun no habia tenido tiempo para calentarse, no bien hubo oido abrir la puerta, se levantó, trasladándose á un guarda-ropa, donde se habia desnudado la vispera. El Sultan aprosimándose al lecho nupcial para preguntar cómo habian pasado la noche, se sorprendió en gran manera cuando vió á su hija sumida en una gran melancolia, y que no le mostraba de modo alguno lo que deseaba su curiosidad, mirándole ella tristemente y de un modo que daba á entender su grande afliccion. La dijo algunas palabras, mas como no le contestaba, aunque él no dudaba que habia algo de extraordinario en su silencio, no quiso molestarla por si habia algo de pudor; y retirándose al cuarto de la Sultana la contó el estado de la princesa. Esto no debe sorprenderos, dijo esta; es comun á toda recien casada hallarse del mismo modo en la mañana de su boda; dentro de tres ó cuatro dias os recibirá como debe. Voy á verla, que espero no me hará el mismo recibimiento.

Luego que la Sultana se vistió, pasó á ver á su hija que aun no se habia levantado, y aprosimándose á la cama la dió los buenos dias abrazándola, pero cuál fué su sorpresa cuando la vió ahogada de pena sin poder articular palabra. Hija mia, la dice: ¿de dónde viene que tan mal correspondes á mis caricias? ¿Dudas que ignoro las circunstancias

en que te hallas? Si es alguna otra cosa cuéntamela francamente y no me dejes por mas tiempo en la inquietud en que me encuentro. La princesa rompiendo su silencio con un gran suspiro: ¡Ah madre mia, esclamó! perdonadme si he faltado al respeto que os debo: distraida con las cosas extraordinarias que me han sucedido esta noche, aun no he vuelto de mi admiracion y miedo. Y contándola con los mas vivos colores de que manera en un instante así que se acostaron habia sido la cama transportada á un cuarto oscuro y mal adornado, que la habian separado de su marido, que habia visto un hombre, el que despues de decirle algunas palabras, se habia acostado con ella, poniendo entre los dos un sable, que por la mañana despues de haberla vuelto su esposo, la cama habia sido transportada á aquel sitio en un instante, que despues de esto, habia entrado el Sultan; mas ella sobrecojida del susto no habia podido articular palabra, y que se hallaria algo indignado su padre; pero que esperaba su perdon luego que supiese el estado en que se encontraba. La Sultana, dudosa de la verdad de lo que acababa de contar su hija, la dijo: bien has hecho en no contar nada á tu padre, ni cuentes á nadie palabra; te tendrian por loca si te oyeran hablar de esas cosas. -- Señora, os puedo decir que es la pura verdad todo cuanto acabo de contaros, como os podrá informar mi esposo. -- Si que me informaré, pero aun cuando él me diga lo mismo, no por eso me podrá persuadir que es cierto.

La Sultana llamó las doncellas de la princesa para que la vistieran, y marchándose al departamento del Sultan, le contó que lo que tenia su hija no era mas que un poco de pudor propio de tales circunstancias. En seguida hizo venir al hijo del Visir, que se tenia por dichosísimo por haber contraido parentesco con una familia tan esclarecida, por lo que tomó el partido de callar á todo, y le dijo: ¿estás en la misma credulidad que tu esposa? -- Señora, respondió este: ¿me atreveré á preguntaros por qué me decís esto? -- Esto basta, le dijo la Sultana; no necesito saber mas, te acompaña mas discreccion que á ella. Continuaron las fiestas y regocijos, y no se perdonó cosa alguna á fin de que la princesa, quien no se borraba de la imaginacion de su madre, tomase parte en las diversiones que por ella se daban; mas como estaba tan aturdida con los sucesos de la noche, no disimulaba la tristeza que la acompañaba. Tambien el hijo del Visir se hallaba algo indispuesto, pero su ambicion le hacia disimular, y al verle nadie diria no solo la mala noche que habia pasado, sino que era un esposo de los mas dichosos.

Aladin que no dudaba nada de cuanto pasaba en palacio; y como le acompañaban intenciones de no dejarlos en reposo, era preciso que la noche siguiente no durmieran juntos; así, llegada esta tomó su lámpara; el genio pareció, y le dijo: el hijo del Visir y la princesa esta noche van á dormir juntos: es preciso que luego que se hayan acostado conduzcas aquí la cama. El genio le sirvió con la misma prontitud que la noche anterior: el hijo del Visir pasó la noche en el mis-

mo sitio y frio como la otra, acostándose Aladin con la princesa.

Por la mañana el genio volvió, puso reunidos á los dos esposos y se llevó la cama al palacio. El padre, inquieto por saber cómo habia pasado la noche su hija, pasó á su cuarto bien de mañana. El hijo del Visir mortificado tanto de esta, como de la anterior noche, apenas oyó venir al Sultan, se levantó precipitadamente y fué al guarda-ropa. Aquel se llegó á la cama de la princesa, y despues de saludarla y haberla hecho las mismas caricias que el dia anterior, la dijo: ¿estás de tan mal humor como ayer? ¿Me dirás cómo has pasado la noche? La princesa guardaba el mismo silencio, y el Sultan, observando que su espíritu se hallaba mucho mas abatido, y que gozaba de menos tranquilidad que la primera vez, no dudó que alguna cosa extraordinaria la habia sucedido; é irritado por el misterio que le hacia, la dijo cólerico y echando mano al sable: dime lo que me ocultas ó te corto la cabeza en el momento. La princesa asustada del tono de la amenaza, padre mio, esclamó, perdonadme si os he ofendido; espero que luego que esteis informado de lo mucho que en estas dos noches he sufrido, sucederá la compasión á la cólera. Y contándole entonces cuanto la habia pasado, concluyó diciendo: si V. M. duda de lo que acabo de contarle, puede informarse del esposo que me ha dado; que estoy segura que convendrá en todo lo que he dicho.--Hija mia, la dijo: has hecho muy mal en no haberme manifestado ayer asunto tan extraño como este, en el cual tomaré tanta parte como tú. No te he casado con intencion de hacerte desgraciada, al contrario, con el fin de hallar tu felicidad; y yo mismo procuraré en lo sucesivo no pases tan malas noches como las que llevas. En el momento hizo venir á su Visir, y preguntándole si habia visto á su hijo, este le respondió negativamente; contóle todo lo que la princesa acababa de referir; no creo, añadió, que mi hija me oculte la verdad, pero será bueno que vuestro hijo lo confirme; podeis preguntarle lo que hay.

El gran Visir fué á buscar á su hijo para escigirle la verdad de todo lo que el Sultan le habia comunicado, á lo que este le contestó era cierto, añadiendo el mal tratamiento que á él en particular le habia hecho. Despues que me he casado he pasado dos noches de pie, desnudo, en un cuartichin estrecho sin tener libertad para menearme de un sitio, aunque delante de mi no habia ningun obstáculo que pudiese impedirlo. Por lo tanto, no puedo menos de confesaros, que sin embargo del honor que tengo por haberme casado con la hija de mi Sultan, preferiría la muerte á vivir en el estado que estoy. En fin, padre mio, quisiera que el Sultan, en vista de lo que hemos pasado, anulara nuestro casamiento. A pesar de la mucha ambicion que acompañaba al Visir en tener á su hijo desposado con la princesa, vista la firme resolucion en separarse de esta, no creyó acertado proponerle tuviera paciencia por algun tiempo para ver si se concluia esta travesura. Y volviéndose á donde el Sultan le esperaba, le confesó de buena fé que la cosa éra cierta, suplicando al mismo tiempo, y sin esperar

á que el Sultan le hablase de romper el casamiento, le permitiera retirar á su hijo del palacio, prestando que no era justo que la princesa pasase tan malos ratos por su hijo. El Visir no tuvo mucho trabajo en obtener lo que pedia, pues en el momento se dieron las órdenes para suspender los regocijos públicos en palacio, en la ciudad y en todo el reino.

Esta súbita mudanza dió lugar á razonamientos diferentes; se preguntaban los unos á los otros de dónde podia venir este contratiempo, y no se decia otra cosa, sino que habian visto salir al gran Visir de palacio con su hijo algo tristes. Solo Aladin, sabedor del secreto, se regocijaba de la buena conclusion del suceso, y mucho mas de que supo con certeza que su rival habia abandonado el palacio. Lo particular es, que ni el Sultan ni el Visir habian olvidado la demanda de Aladin, y jamás tuvieron el menor pensamiento que él tuviese parte en el encantamiento que habia disuelto el matrimonio.

Aladin entre tanto dejando pasar los tres meses fijados, sin dejar de contar con gran cuidado los dias, luego que se hubieron acabado, no faltó en mandar á su madre al palacio para recordar al Sultan su palabra. Esta fué al palacio, y no bien el Sultan hubo echado la vista sobre ella, que conociéndola y acordándose de la demanda que habia hecho y del tiempo marcado, dijo al Visir: apercibo á la buena muger que me hizo aquel rico presente, hazla venir.

Llamada esta, se posternó al pie del trono segun costumbre. Luego que se levantó, el Sultan la preguntó lo que queria. Sir, respondió, vengo á recordar á V. M. que los tres meses á que se remitió la demanda de mi hijo Aladin, se han pasado. El Sultan habia señalado la tregua de tres meses para responder á la demanda, porque creyó no volver á oír hablar mas de este casamiento, que miraba poco conveniente por la bajeza y pobreza del vestido tan comun que presentaba delante de él la madre de Aladin. Mas pareciéndole embarazosa la insinuacion que acababa de hacerle de cumplir su palabra, no estimó oportuno responderla en el acto; y consultando con su Visir, le significó la repugnancia que tenia de concluir este casamiento de la princesa con un desconocido. Sir, le dijo el gran Visir: me parece que hay un medio infalible para eludir esta proposicion tan desproporcionada, sin que Aladin pueda quejarse: que es el de poner á la princesa en tan alto precio que sus riquezas, cualquiera que puedan ser, no basten á pagarlo. Este será el medio de hacerle desistir de su atrevido y poco meditado pensamiento. El Sultan aprobó el consejo, y volviéndose á la madre de Aladin despues de algunos momentos de reflexion, la dijo: buena muger, estoy pronto á cumplir mi palabra y hacer la felicidad de vuestro hijo con el casamiento de la princesa; pero como no puedo casarla sin saber antes las ventajas que lleva, decid á vuestro hijo que se la cumpliré siempre que me envíe cuarenta grandes copas de oro macizo, llenas de las mismas piedras que me envió la otra vez, traídas por igual número de esclavos negros, que sean conducidos por otros tantos es-

no difiere mas, y sin pensar si Aladin estaria adornado de las demas cualidades convenientes para ser su yerno con la sola vista de tantas riquezas y la diligencia en satisfacer su peticion, sin mas formalidades, se persuadió que de nada careceria para su perfeccion tal como él lo deseaba. Así, para enviar á la madre de Aladin del todo satisfecha, la dijo: buena muger, marchad y decid á vuestro hijo que aquí le espero, que tanto placer tendré en verle y abrazarle, como él pueda tener en enlazarse con mi hija.

Desde que la madre de Aladin se retiró con la alegría que una muger de su condicion puede ser capaz, viendo á su hijo en una altura tan eminente, el Sultan puso fin á la audiencia de aquel dia, y levantándose del trono, ordenó que los eunucos que se hallaban al servicio de la princesa, viniesen á llevar las copas al departamento de su ama, donde él se dirigió para ecsaminarlas con el placer de ambos. Los ochenta esclavos negros y blancos los hicieron entrar en el interior de palacio, y á poco tiempo, el Sultan, que acababa de hablar de su magnificencia á la princesa, mandó que llegasen á fin de que ella los viese al través de una celosía, y conociese que lejos de estar ecsagerada toda ponderacion, se habia dicho mucho menos de lo que era.

Así que llegó á su casa la madre de Aladin, con un aire que denotaba la buena nueva que llevaba, dijo á su hijo: has llegado al colmo de tus deseos; y para que salgas cuanto antes de la incertidumbre, te digo que el Sultan, con aplausos de toda la córte, ha declarado que eres digno de poseer á la princesa, y te espera para abrazarte y concluir tu casamiento; con que así, piensa en los preparativos de esta entrevista, para que corresponda á la alta opinion que ha concebido de tí, y yo bien persuadida de las maravillas que sabes hacer, creo que nada te faltará.

Aladin encantado con esta noticia, y lleno del afecto que tanto amaba, se retiró á su cuarto. Allí tomó la lámpara que le habia sido tan officiosa hasta entonces, no la hubo frotado, cuando se apareció el genio, puesto como siempre á sus órdenes. Genio, te llamo para que me sirvas el baño ahora mismo; y cuando le haya tomado, me tendrás dispuesto un magnífico vestido, en términos que no se haya visto otro igual. Apenas hubo acabado de hablar, cuando el genio, haciéndole invisible como él, le trasportó á un finísimo baño de mármol. Sin ver quien le servia fué desnudado en un espacioso salon, despues le metieron en un baño que tenia un calor moderado, allí fué lavado y frotado con varios perfumes. Entra en el salon y no encuentra su vestido, pero el genio habia tenido cuidado de poner en su lugar el que le habia mandado.

Aladin se sorprendió de la magnificencia del vestido, y poniéndoselo, con ayuda del genio, se admiraba de cada pieza á medida que se la ponía; concluido de vestir, el genio le volvió á su casa, preguntándole si tenia otra cosa que mandarle. Sí, le dijo Aladin, espero me traigas un caballo que esceda á aquel que tenga el Sultan en mas estima, cu-



vos arreos valgan mas de un millon; que hagas venir veinte esclavos vestidos tan ricamente como los que llevaron el presente, para marchar á mi lado, y otros veinte para que marchen delante de mi en dos filas; traerás tambien seis mugeres esclavas para servir á mi madre, vestidas con mas magnificencia que las de la princesa, cargadas cada una con un vestido completo, tan magnificos y pomposos como que son para la Sultana. Tengo necesidad de diez mil piezas de oro en diez bolsas. Esto es todo lo que tengo que pedirte. Luego que Aladin acabó de dar las órdenes, desapareció el genio; y bien pronto volvió con el caballo, con los cuarenta esclavos y demás que le habia pedido.

De las diez mil piezas de oro, Aladin tomó cuatro mil, que entregó á su madre para sus necesidades, dejando las seis mil restantes en manos de los esclavos, con órden de guardarlas y arrojarlas al pueblo en las calles del tránsito para palacio. Mandó que fuesen delante, tres á derecha y tres á izquierda. A la madre presentó las seis esclavas para que se sirviera de ellas como su señora. Despues que Aladin lo tenia todo dispuesto, dijo al genio que se retirase, que le llamaria cuando tuviese necesidad de él, y se marchó. Entonces despachó á palacio un esclavo con órden de dirigirse al gefe de los ugieres y le preguntase cuándo podia tener el honor de besar los pies del Sultan.

El esclavo no tardó mucho en volver, diciendo que este le esperaba con impaciencia.

No tardó mucho en montar á caballo y ponerse en marcha con el órden que va dicho. Es de advertir que aunque jamás habia montado á caballo, pareció por primera vez con tanta gracia, que el ginete mas instruido no le hubiera igualado. Las calles por donde pasó se llenaron en un momento de una infinidad de gente, que hacia resonar en el aire con sus aclamaciones, y de trecho en trecho los esclavos que llevaban las bolsas, con el mayor desprecio hacian volar puñados de piezas de oro. En palacio todo estaba dispuesto para recibirle, cuando estuvo en la segunda puerta, queriendo echar pie á tierra, segun el uso observado por el Visir y demás grandes de la córte, el gefe de los ugieres, que le esperaba por órden del Sultan, se lo impidió, acompañándole hasta cerca de la sala del consejo de audiencia, donde le fué á ayudar á bajar del caballo, pero Aladin no lo permitió. Formados los ugieres en una doble hilera á la entrada de la sala, el gefe, dando á Aladin su derecha, le introdujo hasta el trono.

De que el Sultan le vió se quedó admirado de verle mas ricamente vestido, que él jamás lo habia estado, de su buena figura, su bella talla, y de un cierto aire de grandeza muy lejos del estado de baja en que su madre se habia presentado por primera vez. Pero nada de esto impidió al Sultan levantarse y bajar dos ó tres escalones de su trono bastante pronto, para impedirle se echase á sus pies, cogiéndole con la mano y obligándole á subir y sentarse entre él y el gran Visir.

Entonces, tomando Aladin la palabra, le dijo: Sir, recibo los honores que V. M. me hace porque su generosidad así lo ecsige; pero

V. M. recordará y me permitirá le diga que no he olvidado que soy su esclavo, que reconozco la grandeza de su poder, y también que mi nacimiento me pone fuera del rango á que me eleva. A no ser que haya algun motivo por el cual merezca una acogida tan favorable, que solo creo se lo deba á la casualidad de elevar mi pensamiento hasta la divina princesa, que es el objeto de mi anhelo. Pido mil veces perdón á V. M. de mi temeridad, pero os confieso que moriría de dolor si perdiese la esperanza de verlos cumplidos. Hijo mio, respondió el Sultan abrazándole, siento mucho dudes un momento de la sinceridad de mi palabra; tu vida me es demasiado apreciable para no conservarla presentándote el remedio en mi mano; prefiero el gusto de verte y oírte á todos los tesoros míos, junto con los tuyos.

A poco se oyó un gran ruido de trompetas y tambores, levantándose el Sultan y conduciendo á Aladin á un magnífico salon, donde estaba preparado un gran banquete; se pusieron á comer juntos el Sultan y Aladin; el gran Visir y los señores de la corte los acompañaron durante la comida, colocados segun su dignidad y rango. El Sultan tenia constantemente fija su vista sobre Aladin, el que habló con tanto comedimiento y discrecion, que acabó de confirmar el buen juicio que este habia formado de él. Concluida la comida, mientras se formalizaba el contrato del casamiento entre Aladin y la princesa, para lo que se habia hecho venir al primer juez de la capital, el Sultan se entretuvo con Aladin de diferentes cosas, en presencia del Visir y de todos los señores de la corte, que admiraron la solidez de su talento, la facilidad en hacerse entender y los pensamientos finos y delicados con que él adonaba sus discursos.

Concluido por el juez el contrato, el Sultan invitó á Aladin si gustaba permanecer en palacio para concluir en el mismo dia las ceremonias del casamiento. Aladin le contestó, que aunque era grande la impaciencia que tenia en poseer á la princesa, desearia se defiriese hasta que hubiera mandado construir un palacio para recibirla segun su dignidad y mérito. Para lo que se dignará V. M. concederme el terreno proporcionado, á fin de que pueda erigirle con la suntuosidad que corresponde.--Toma, le dijo el Sultan, el terreno que necesitas delante de mi palacio, pero acuérdate del vivo deseo que me anima de verte enlazado con mi hija.

Aladin montó á caballo, volvió á su casa entre las aclamaciones del pueblo que le rodeaba y pedia para él toda clase de prosperidades.

Luego que se vió en su cuarto, tomó la lámpara y llamó al genio, á quien pidió que con toda la brevedad posible le construyese un palacio en el sitio que el Sultan le habia designado, dejando á su capricho la eleccion de los materiales, que debian de ser de jaspes, ágata, de finísimos mármoles y variados sus colores, pero advirtiéndole que en lo mas elevado del palacio hiciese levantar un gran salon de cuatro frentes iguales, cuyos asientos fuesen de oro macizo, colocados alternativamente, con veinte y cuatro ventanas, seis á cada lado, cuyas celosías,

excepto una, que debía quedar imperfecta, fueran enriquecidas con arte y simetría, de diamantes, rubies y esmeraldas, de manera que no se haya visto cosa semejante en el mundo. Deseo que este palacio esté adornado de un jardín, y sobre todo que haya un sitio que tú me dirás, con un tesoro bien provisto de monedas; que no carezca de criados, bien adornado de muebles preciosos en todos los salones, y proporcionados á la magnificencia del palacio; cuadras con los mas hermosos caballos, palafreneros, y no olvidarás un equipage de caza. También tendrá las esclavas necesarias para la servidumbre de la princesa, vete y avisame cuando todo esté concluido.

A la postura del sol hizo Aladin estos encargos al genio, y por la mañana al rayar el dia, como el amor á la princesa no le permitia dormir, apenas se levantó se le presentó el genio, diciéndole que su palacio estaba concluido y que podia pasar á verle si estaba de su gusto. No bien hubo demostrado que tenia deseos de verlo, cuando el genio le trasportó, y halló su palacio por todos los sitios lleno de riqueza, amabilidad en los esclavos y oficiales, cada uno vestido segun su rango y segun el oficio á que estaban destinados. Le marcó el sitio del tesoro, cuya puerta abrió el tesorero, viéndose allí una multitud de talegas de diferentes tamaños, segun las sumas que contenian.

El genio le guió á las cuadras, en donde le hizo ver los mas hermosos caballos y los palafreneros ocupados en pensarlos. Le hizo pasar en seguida por almacenes llenos de todas las provisiones necesarias, tanto para engalanar los caballos como para mantenerlos. Despues que Aladin lo examinó todo, pasó en particular al salon de las veinte y cuatro ventanas y allí encontró toda clase de riqueza y magnificencia y toda ventana de comodidades; por lo que dijo al genio que se hallaba sumamente satisfecho de todo, únicamente que faltaba una cosa por no haberse acordado de advertirla, y era una alfombra de los mas bellos colores, desde la puerta del palacio del Sultan hasta la puerta del departamento de la princesa, á fin de que pise sobre ella cuando venga del palacio de su padre.--Vuelvo al instante, dijo el genio, y desapareció, quedando Aladin admirado de la prontitud con que se puso la alfombra.

Aladin salió para marchar á su casa á la sazón que los porteros del palacio del Sultan abrian las puertas, y como siempre tenian la vista fija al lado del nuevo palacio, se sorprendieron de verle, y de ver la alfombra que venia de él al del Sultan. Su admiracion se aumentaba conforme iban distinguiendo su belleza y prontitud, y la noticia de maravilla tan sorprendente fué esparcida en poco tiempo. El gran Visir, que acababa de llegar, no fué menos sorprendido que los otros, y fué el primero que dió parte al Sultan, queriendo figurarle que la casa era todo un encantamiento. Visir, le dijo el Sultan, ¿por qué quieres que esto sea un encantamiento? Sabes tan bien como yo, que ese es el palacio que Aladin ha hecho construir para alojamiento de mi hija con mi permiso. No debemos estrañar que haya sido hecho en tan poco

tiempo despues de las muchas riquezas que hemos visto. Sí: ha querido sorprendernos y hacernos ver, que con el dinero se hacen estos y otros milagros de un dia á otro. Confesad francamente que el encantamiento de que habeis querido hablar, viene de unos pocos célos. La hora de entrar en el consejo le impidió continuar mas tiempo este discurso.

Quando Aladin llegó á su casa halló que su madre se habia levantado, y empezaba á adornarse con uno de los mas bellos vestidos que él le habia regalado. Dispuso que su madre, acompañada de sus esclavas, fuese al palacio, advirtiéndola que si veia al Sultan le digera venia á ofrecer sus respetos á la princesa y acompañarla por la tarde cuando estuviese en disposicion de pasar á su palacio.

Llegado que fué el momento de salir Aladin de su casa paterna para no volver mas, sin olvidarse la lámpara, montó á caballo y se trasladó á su nuevo palacio con la misma pompa y publicidad que lo habia hecho quando se fué á presentar al Sultan. De que vieron los porteros que venia la madre de Aladin, avisaron al Sultan, el que dió las órdenes competentes para que las tropas y músicas anunciasen la fiesta á toda la ciudad.

Inmediatamente todas las tiendas fueron adornadas con bellos tapices y preparativos que se hacian para la grande iluminacion. Todos abandonaron el trabajo, acudiendo presurosos á la plaza del nuevo palacio, admirando no solo el esceso y belleza que tenia sobre el del Sultan, sino el motivo de ver una obra tan magnífica y en tan poco tiempo hecha. La madre, recibida en palacio con grandes honores, fué introducida por el gefe de los eunucos en el cuarto de la princesa; la que en quanto la vió fué á abrazarla, haciéndola sentar en su sofá; y mientras sus mugeres acababan de vestirla y adornarla con las alhajas que Aladin le habia regalado, ella la obsequió con un magnífico almuerzo. El Sultan por su parte la hizo tambien un grande honor, y como hasta entonces jamás la habia visto sin velo, aunque muchas veces habia estado en el divan, se descubria, á pesar de su edad avanzada, que en la juventud no habia sido despreciable.

Llegada que fué la noche, despidiéndose la princesa de su padre, se abrazaron repetidas veces sin decirse nada, poniéndose en fin en marcha con la madre de Aladin á su izquierda, y seguidas de cien esclavas vestidas con profusion. Todas las músicas iban á la cabeza, seguidas de los oficiales y cien esclavos negros formados en dos filas; cuatrocientos pages del Sultan en dos bandas, llevando cada uno un hacha en la mano, hacian una iluminacion que deslumbraba.

Con este orden la princesa marchaba sobre la alfombra desde el palacio del Sultan al de Aladin, y á manera que ella avanzaba, las músicas de la cabeza se confundian con las que estaban en el terrado del palacio nuevo, formando un concierto tan extraordinario, que se aumentaba la alegría en la plaza y en la ciudad. Aladin, colocado con toda la alegría imaginable á la puerta del departamento que estaba destina-

do á la princesa, encantó á esta de que le vió tan bien formado. Adorable princesa, dijo este: si he tenido la desgracia de desagradaros por el atrevimiento de querer aspirar á vuestra mano, tengo la satisfaccion de decirlos, que vuestros ojos y vuestra belleza son las que me han obligado á mi arresto.--Príncipe, le contestó, me basta haberos visto para obedecer sin repugnancia la voluntad de mi padre. Aladin, encantado de una respuesta tan agradable, la tomó la mano, haciéndola entrar en un gran salon iluminado con una infinidad de bujias, donde por el celo del genio la mesa se encontró puesta. Los platos llenos de las mas deliciosas viandas; los vasos y copas de que el aparador estaba provisto, todo era de un finísimo oro y de un trabajo esquisito. Admirada la princesa de ver tantas riquezas reunidas, confesó que habia estado engañada en pensar que nada en el mundo era tan hermoso como el palacio del Sultan. Al lo que contestó Aladin, haciéndola sentar: princesa, cuanto habeis visto y mas que os falta ver, no es nada en comparacion á lo que mereceis. La princesa, Aladin y su madre, se sentaron, y durante la comida, se dejó oir una música armoniosa acompañada de buenas voces de mugeres escogidas, que la princesa quedó encantada. Concluida la comida, sucedieron á la música muchas suertes de danzas y figuras, segun la costumbre del pais, en donde Aladin, levantándose, presenta la mano á la princesa para danzar juntos. Concluido esto, Aladin condujo á la princesa á la cama nupcial, y sus mugeres la desnudaron al instante, haciendo lo mismo los oficiales con Aladin.

A la mañana siguiente los ayudas de cámara se presentaron para vestirle, poniéndole un magnífico vestido y diferente del dia de boda. En seguida en su caballo, acompañado de innumerables esclavos, pasó al palacio del Sultan, el que le recibió con los mismos honores que la primera vez, y despues de haberle hecho sentar cerca de él, les sirvieron el desayuno.

Aladin fué á suplicarle se dignase dispensar el honor de pasar á su palacio con todos los señores de la córte, cuya gracia le fué concedida: y como el camino era corto, gustó el Sultan ir á pie con Aladia á su derecha, el gran Visir á su izquierda, y detras los demas señores.

Cada cosa que veia el Sultan le causaba grande admiracion, pero en particular cuando entraron en el salon de las veinte y cuatro ventanas, y vieron las celosías. Despues de haberlo visto bien todo, se volvió á su Visir, y le dijo: es posible que haya en mi reino, y tan cerca de mi palacio, otro tan soberbio, y que lo haya ignorado hasta ahora? jamás me hubiera figurado que este palacio fuera una de las maravillas del mundo. Quiso ver y admirar las veinte y cuatro celosías; contándolas no encontró mas que veinte y tres que estuviesen concluidas, y admirándose de que la otra se hallase imperfecta, preguntó á Aladin, hijo: una sola cosa me sorprende, y es ver imperfecta esta celosía, ¿es por olvido ó porque no haya habido bastantes materiales?-- Señor, no es por ninguna de esas razones por la que ha quedado la

ventana imperfecta; se ha hecho de intento y por mi orden, pues quería que V. M. tuviese la gloria de concluir este salon y el palacio al mismo tiempo; os suplico os agrade mi intencion para tener memoria de esta gracia.-- Si lo habeis hecho por eso, desde ahora voy á dar las órdenes oportunas al intento. En efecto, mandó venir todos los plateros y diamantistas de la capital que tuviesen mas pedrería, y en tanto bajó á comer.

Aladin condujo al Sultan al salon en que habia celebrado su boda; y llegando á poco la princesa, recibió á su padre con un aire que le hizo conocer lo contenta que estaba con el casamiento. Dos mesas estaban dispuestas, provistas de esquisitos manjares, servidas con bajilla de oro. El Sultan, la princesa, Aladin y el gran Visir se sentaron en la primera, y en la segunda mesa, que distaba bastante, todos los señores de la córte.

Al acabar la comida ya estaban allí los diamantistas, y subiendo con ellos al salon, les dijo si podrian concluir aquella ventana como lo estaban las otras. Los artífices ecsaminaron detenidamente el trabajo y pedrería de las ventanas, y convinieron en hacerlo, esponiéndole que entre todos los de la profesion no tendrian suficientes piedras, ni tan preciosas para lo que se necesitaba.--Venid á mi palacio, les contestó el Sultan, y elejireis de las mias.

El Sultan les presentó las suyas, y los obreros tomaron una gran cantidad, de las que Aladin le habia regalado, pero las gastaron sin que por eso adelantasen mucho en su obra. Volvieron por mas, y no tan solo las emplearon todas, sino que tambien gastaron las del gran Visir y las que ellos tenian, sin poder hacer mas que una parte de la ventana. Aladin que vió lo impotentes que eran los esfuerzos del Sultan, y que no podria conseguir su intento, mandó á los obreros que cesasen en su trabajo, y que deshicieran cuanto tenian hecho, devolviendo al Sultan y al Visir todas las piedras que les habian dado. Obedecieron; y una obra que tanto tiempo y jornales habia costado, fué desecha en pocas horas. Entonces Aladin llamó al genio y le dice: Te habia mandado dejar imperfecta una de las veinte y cuatro ventanas; ahora te llamo para que la pongas como las otras; el genio desapareció, y Aladin bajó del salon; subiendo á poco tiempo encontró la ventana como debia.

En tanto los joyeros fueron á palacio y dijeron al Sultan lo que les habia mandado Aladin, devolviéndole su pedrería y la del Visir. El Sultan les preguntó si les habia dado la razon por qué habia mandado deshacer su obra; y habiéndole contestado que no, pasó al palacio de Aladin para informarse por sí mismo. Luego que le vió le preguntó; vengo á saber por qué quereis dejar imperfecto un salon tan magnifico como este. Aladin disimuló la verdadera razon, que era que el Sultan no tenia bastante riqueza para hacer unos gastos tan grandes; señor, es cierto que V. M. ha visto el salon imperfecto, pero os suplico veais si en este momento le falta algo.

El Sultan se fué á la ventana imperfecta; viéndola ya como las otras,

creyó engañarse. Ecsaminó las dos que estaban á su lado, y convenido de que la ventana que tanto tiempo habian empleado de su órden sin poderla concluir, estaba ya en un instante como las otras, abrazó á su yerno y le besó entre los ojos. Hijo, le dijo, lleno de admiracion: ¿qué hombre sois vos? No teneis igual en el mundo; y cuanto mas os conozco, mas admirado me encuentro.--Señor, le contestó, es mucha gloria para mi merecer el aprecio de V. M., lo que puedo aseguraros, es que no olvidaré nada para merecerla mas y mas.

El Sultan volvió á su palacio, prendado de la gran magnificencia que ostentaba, conceptuándole el mas poderoso de todos los reyes.

Tenia Aladin tambien repartido su tiempo, que no pasaba una semana que no fuese á caza un tanto lejos, por los contornos de la ciudad, egerciendo por todas partes su liberalidad y adquiriendo por este medio del pueblo mil bendiciones. En fin, sin hacer sombra al Sultan, á quien hacia la córte, se llevaba las atenciones de todos, y generalmente hablando, era mas amado que el Sultan.

El añadia á sus buenas cualidades un valor y celo por los negocios del estado, dando pruebas positivas en la revolucion de los confines del imperio, donde no bien supo que el Sultan juntaba su armada, suplico le diese el mando, y puesto á la cabeza del ejército, le hizo marchar contra los revoltosos, con tal diligencia, que antes supo el Sultan que los rebeldes habian sido deshechos y castigados, que su llegada al ejército. Esta accion, que hacia su nombre célebre en toda la estension del imperio, no hizo variar su corazon, antes por el contrario, volvia victorioso y afile como antes.

De este modo vivió algunos años, cuando el Mágico que le habia dado sin pensar el medio de elevarse á tan alta fortuna, acordándose de él en Africa, aunque hasta entonces habia estado persuadido que habria muerto en el subterráneo, le ocurrió el pensamiento de saber cuál habria sido su fin. Como era geómetra, sacó de un armario un cuadrante en forma de bote, de que él se servia para sus observaciones, y sentándose sobre su sofá, le puso delante de él, le destapó, y despues de haber preparado é igualado la arena, echó los puntos, y sacó la figura en forma de horóscopo. Ecsaminándola para sacar el juicio, encuentra que Aladin, en vez de muerto en el subterráneo, habia salido, y que vivia en grande esplendor, poderoso, casado con una princesa, y estimado de todos.

Entonces el Mágico, encendido de cólera, dijo entre sí: este miserable sastre ha descubierto el secreto de la lámpara y está disfrutando mi trabajo y afán, se lo impediré ó moriré.

A la mañana siguiente montó en un caballo, y poniéndose en camino, de villa en villa y de provincia en provincia, sin detenerse en ningun sitio, llegó á la China, á donde habitaba Aladin, y se alojó en un Kam. Lo primero que hizo fué visitar los sitios mas frecuentados para saber lo que se decia de Aladin; y habiendo llegado á uno en donde se estaba hablando del palacio de él, aprocsimándose á uno

le preguntó que cuál era el palacio. De dónde venís? le dijo este, es preciso que seais recién venido para no saber ni haber visto el palacio del principe Aladin. Es preciso que vengais de bien lejos: pues no habeis oido hablar de una de las maravillas del mundo.--Perdonad, dijo el Mágico: hace muy poco que he llegado, y aun no he visto ese magnifico palacio; si tuvieseis la bondad de decirme donde está, os lo agradecería.

Habiéndole enseñado el camino se marchó, y cuando llegó y examinó el palacio en todas sus partes, no dudó que Aladin se habia servido de la lámpara para hacerle construir.

Picado en lo vivo de la felicidad y grandeza de Aladin, se volvió á su alojamiento con el deseo de saber dónde estaba la lámpara. De que llegó á su alojamiento, tomó su cuadrante, para saber si Aladin la llevaba consigo, ó dónde la guardaba: y descubrió por la operacion geométrica que estaba en el palacio. Yo obtendré esta lámpara, dijo, y haré que el sastre vuelva al estado de miseria y bajeza en que se hallaba. Despues de hecha la operacion, pasó á verse con el conserge del Kam, y habiéndole ecsagerado el palacio, le dijo deseaba ver á su dueño. No os será dificil, respondió el conserge, casi todos los dias se pasea por la ciudad, pero ahora ha salido para una partida de caza por ocho dias y no volverá hasta dentro de cuatro.

Luego que el Mágico supo esto, se fué á una tienda donde vendian lámparas, y comprando una docena, las metió en una canasta, y se fué al palacio, gritando: ¿quién quiere trocar lámparas viejas por nuevas? A manera que él andaba, y así que los muchachos le entendieron, corrian al rededor de él, mirándole como loco. De esta manera repitió muchas veces yendo y viniendo á la misma casa, y la princesa, que se hallaba en el salon de las veinte y cuatro celosias, mandó á un eunuco á saber lo que aquel hombre vendia. El eunuco volvió y contó la locura de aquel hombre que deseaba cambiar lámparas nuevas por viejas. A propósito de lámparas, dijo una esclava á la princesa: yo no sé si habeis visto una que está en aquel nicho; de quien sea, no le disgustará encontrarse una nueva en su lugar. Si gustais, se puede probar si este loco es verdaderamente tal, que cambie una cosa vieja por otra nueva.

La lámpara de que esta muger hablaba era la maravillosa de Aladin, que él la habia puesto allí, y de su virtud estaban ignorantes todos los del palacio. La princesa mandó al eunuco que fuese á hacer el cambio, este obedeció, y al momento que apercibió al hombre, le mostró la lámpara; dame, le dije, una lámpara nueva por esta vieja. El Mágico, sin dudar fuese esta la lámpara que él buscaba, la toma de la mano del esclavo, y despues de guardarla le presentó la cesta, de la que el esclavo tomó una y se fué al palacio.

El Mágico, sin ser notado, se fué retirando, y de que estuvo fuera de la plaza, escapó por las calles menos frecuentadas, dejándose la cesta de las lámparas en una que no habia nadie. En seguida, salién-

dose de la ciudad, se ocultó en un valle de la campiña, en donde aguardó se hiciese bien noche, y sacando la lámpara la frotó; se le aparece el genio y le manda transporte con él, el palacio tal como estaba á tal sitio de Africa; sin responderle el genio, le trasladó en muy poco tiempo á él y al palacio entero al sitio del Africa que le habia designado.

De que el Sultan se levantaba, tenia por costumbre ir al gabinete abierto, para tener el placer de contemplar el palacio de Aladin, y ¡cuál fué su sorpresa al no verle! dirijia su vista al lado donde estaba, y creia se engañaba no viéndole, se frotó los ojos, pero nada vió. No me engaño, decia, él estaba en aquel sitio; si se hubiera hundido los materiales estarian allí, y si la tierra se lo hubiera tragado habria alguna señal. Se retiró en fin á su aposento y mandó llamar á toda prisa al Visir, sentándose entre tanto con su imaginacion bien agitada. El gran Visir vino con tal precipitacion, que no hizo caso si el palacio estaba ó no en su lugar.

De que llegó el Visir, le dijo: Sir, segun la prisa con que V. M. ha hecho llamarme, me hace juzgar haya sucedido alguna cosa bien extraordinaria.--Lo que ha sucedido es bien estraño, como tú dices. ¿Dónde está el palacio de Aladin?--El palacio de Aladin, acabo de pasar delante, y me parece está en su lugar.--Ves al gabinete, dijo el Sultan, y vuelve á decir si le ves. El Visir fué al gabinete, y cuando estuvo bien persuadido que el palacio no estaba, y que no parecia el menor vestigio, volvió á donde estaba el Sultan.--Ahora bien: ¿has visto el palacio?--Sir, respondió; recordará V. M. que cuando todos admiraban sus riquezas, he dicho que esta era obra de algun mágico, y V. M. no me ha hecho caso. El Sultan, convencido de la verdad de lo que decia el Visir, no pudo menos de confesar su incredulidad, y dijo encendido de cólera: ¿dónde está ese impostor, que le haré cortar la cabeza?--Sir, hace algunos dias que fué á caza; es preciso llamarle y se le preguntará dónde está su verdad.--Eso sería tratarle con indulgencia, respondió el Sultan; dá inmediatamente la órden, que treinta de mis caballeros le traigan cargado de cadenas. El Visir egecutó la órden, y los caballeros, partiendo al punto, hallaron á Aladin á cinco ó seis leguas, que volvia cazando. El oficial le dijo: que el Sultan, impaciente por verle, los habia enviado en su busca para venir acompañándole; y sin sospechar nada Aladin del motivo que habia para mandarle este destacamento de la guardia del Sultan; mas á la distancia de una media legua de la ciudad, el destacamento le cercó y el oficial le dijo: príncipe, á pesar de mi sentimiento, os declaro que la órden que el Sultan nos ha dado es arrestaros y conducirnos como reo de estado: os pido no lleveis á mal que cumplamos con nuestro deber. Esta declaracion fué un motivo de sorpresa para Aladin, que se hallaba inocente, y preguntó si sabia de qué crimen se le acusaba, á cuya pregunta respondió que nada sabia.

Como Aladin conoció que su gente era mucho mas inferior que el

destacamento, poniendo pie á tierra, dijo: estoy dispuesto á sufrir la ejecución de la orden que traéis. Le pusieron en el cuello una cadena, se la rodearon por medio del cuerpo, de suerte que solo tenia los brazos libres, y de este modo fué conducido á la ciudad.

Los primeros que vieron entrar á Aladin de esta suerte, no dudando fuese para cortarle la cabeza, como era amado de todos, los unos con sables, otros con fusiles, y los que otra cosa no tenian, arrojando las piedras, empezaron á atacar á los soldados, de modo que se vieron apurados para no dejarse quitar á Aladin y sostener á tanta muchedumbre como se juntó. Luego que entraron en palacio, los porteros tuvieron que cerrar las puertas, porque el pueblo, á la defensa de Aladin, queria penetrar á la fuerza. Aquel fué presentado al Sultan, el que le mandó entregar al verdugo para que le cortase la cabeza. Cuando el verdugo le habia quitado la cadena, vendado los ojos y puesto de rodillas, el Visir observa que el pueblo habia escalado las murallas del palacio, y empezaba á demolerlas. Sir, dijo: suplico á V. M. suspenda lo que va á ejecutar; el pueblo ha penetrado en palacio, y las consecuencias serán funestas.--¡Mi palacio forzado! dijo el Sultan, ¿quién puede tener esta audacia?--Sir, dignaos mirar la plaza y conoceréis la certeza de lo que os digo. El Sultan se quedó atónito de que vió una conmoción tan viva, y mandó al verdugo envainase el sable, y que los pregoneros publicasen su perdon. Cuando Aladin se vió libre, levantando la cabeza, dijo: suplico á V. M. me haga la gracia de decirme cuál es mi crimen.--¿Cuál es tu crimen, pérfido, no lo sabes? sube aquí y te lo haré conocer. Aladin subió al gabinete abierto. Entra, le dijo: tú debes de saber dónde está tu palacio. Por mas que miraba no veia nada, aunque conocia el terreno que ocupaba, no le era fácil acertar cómo habia desaparecido. Entonces, rompiendo el silencio, confieso, dijo: que el palacio que he hecho construir, no existe; pero no puedo decir dónde está; y si solo os puedo asegurar que no tengo parte alguna en su desaparicion.--A mi poco me importa lo que haya sucedido á tu palacio, dijo el Sultan, lo que me importa es mi hija, que la estimo un millon de veces mas; quiero que me la encuentres, ó sin consideracion alguna te hago cortar la cabeza.--Sir, suplico á V. M. me conceda cuarenta dias para hacer las diligencias.--Bien, concedidos los tienes siempre que no abuses de la gracia, pensando escapar de mi resentimiento, pues en cualquiera sitio de la tierra donde puedas estar te buscaré.

Aladin se apartó de la presencia del Sultan, haciéndole una grande humillacion y en un estado que daba lástima. Salió del palacio, y careciendo de casa donde ir á parar, se salió al campo y se sentó en una ribera á descansar á la entrada de la noche. Felizmente llevaba puesto en el dedo el anillo que el Mágico le habia dado al entrar en el subterráneo; frotó este anillo y se le apareció al instante el mismo genio que en el subterráneo. Qué quereis, le dijo: vedme dispuesto á obedeceros.--Sálvame la vida otra vez, le dijo Aladin, dicién-

donde donde está mi palacio, ó haciendo que vuelva otra vez al sitio donde estaba. -- Lo que me pedís no está en mis facultades, contestó el genio, yo no soy esclavo mas que del abillo, podeis dirigiros al esclavo de la lámpara. -- Si es así, trasportamé á donde está mi palacio y ponme debajo de las ventanas de la princesa.

Así que concluyó de hablar, el genio trasportándole á Africa, cerca de una villa en donde estaba el palacio, le dejó precisamente debajo de las ventanas de la princesa, enmedio de una gran pradera, hecho todo en un momento. No obstante la oscuridad de la noche, conoció bien su palacio y el departamento de la princesa, pero como todo estaba en silencio, se sentó al pie de un árbol. Allí, lleno de esperanza y haciendo reflexion de su felicidad, se encuentra en una situacion, sino muy apreciable, por lo menos libre de perder la vida.

Por la mañana, luego que el sol salió, regocijándose en la agradable vista del edificio, fué visto entre las celosías por una criada de la princesa, la que corrió á darla parte al momento, y como por casualidad se habia levantado mas temprano que lo de costumbre, aunque incierta, se precipitó á la ventana, abriéndola. Aladin al ruido que hizo, levantando la cabeza la saludó con un aire que daba á entender el exceso de su alegría. La princesa, para no perder tiempo, manda abrir la puerta secreta, y aquel subió á la sala donde se hallaba su esposa. No hay pluma suficiente para esplicar la alegría que sintieron los corazones de los dos esposos, volviéndose á ver despues de creerse separados para siempre.

Habiendo pasado este momento, Aladin dijo: princesa, ante todas cosas me direis qué ha sido de una lámpara que yo habia puesto antes de irme á caza sobre la cornisa del salon. Ah querido esposo! ya me he imaginado que nuestra desgracia ha venido de esa lámpara, y le contó el trueque que habia hecho: despues le dijo que habian percibido el transporte del palacio, encontrándose á la mañana siguiente en el pais donde estaban, que era el Africa, segun le habia dicho el infame que le habia trasportado con su magia. Princesa, conozco quien es la causa de nuestros males; es el mas pérfido de todos los hombres, pero no hay tiempo para haceros una pintura de sus picardias; únicamente lo que deseo, es saber lo que es, ó dónde tiene guardada la lámpara. La lleva siempre consigo, dijo la princesa: él me la ha enseñado como un trofeo. -- Bien, dijo Aladin, ¿y cómo os trata este pícaro? -- Desde que estamos aquí no se ha presentado mas que un dia, y estoy bien persuadida de que le incomoda mucho la poca satisfaccion que encuentro en sus visitas. Sus discursos se estienden á que rompa la fé que os debo, y le tome á él por esposo, haciéndome entender que jamás os volveré á ver, porque el Sultan os habrá hecho cortar la cabeza. Como él no recibe de mí mas que llanto, se retira tan poco satisfecho como cuando viene. No dudo que su intencion será pasar á la violencia, de que hayan pasado mis primeros lamentos; pero felizmente vuestra presencia ha dissipado mis inquietudes. -- Princesa, dijo Aladin, creo

haber hallado el medio de librarnos de nuestro enemigo, para lo que es preciso que yo vaya á la villa, y á mi vuelta, que será al medio día, os comunicaré mi designio.

Al bajar Aladin del cuarto de la princesa vió á un paisano que iba por el camino; llegándose á él, le dijo: si gustaba cambiar el vestido que llevaba por el suyo; le porfió tanto, que hicieron el trueque; y separándose tomó Aladin el camino de la villa. Así que llegó fué á casa de un droguista, pidióle unos ciertos polvos que nombró; tomados estos, se volvió á su palacio, sabiendo por la escalera secreta al cuarto de la princesa, y la dijo: esposa, os voy á instruir en lo que debeis hacer, para evadirnos de ese monstruo; cuando venga, no hayais dificultad en recibirle lo mejor que sea posible, sin afectacion; de modo que se persuada que si no le amais, le amareis algun dia. En la conversacion hacerle creer que me vais olvidando, y le podeis convidar á comer; diciéndole teneis el gusto en probar del mejor vino de su pais; él irá por ello, y entonces le poneis en su copa estos polvos, y dejad lo demás; yo me retiro, pero no tardaré en volver.

Efectivamente, el Mágico no tardó en venir á la hora acostumbrada. De que la princesa le vió entrar, se levanta, y enseñándole con la mano el lugar que debia ocupar, él se sorprendió de que le haga tanto honor, pero ella le dijo: os admirais de verme hoy otra distinta de como me habeis visto hasta aquí, pues habeis de saber que no puede permanecer en mí mucho tiempo ni melancolía ni tristeza. He reflexionado bastante lo que me habeis dicho acerca de Aladin; el genio que acompaña á mi padre no puede menos de haberle hecho quitar la vida. Para mejor desechár mi tristeza, espero me hagais el gusto de acompañarme á comer; pero como hasta ahora no he probado el vino de Africa, desearia me trajérais un poquito. El Mágico, mirando como imposible lo que oía, la dijo que no tenia términos bastante fuertes para testimoniarla su gratitud; si mi princesa me lo permite, voy á tomar dos botellas del mejor vino que hay en Africa, y vuelvo al momento. Ella le ofreció que mandase á alguno de sus criados, mas él la dijo que era preciso ir él mismo.

En este tiempo puso los polvos en la copa, la que apartó hasta que llegase el tiempo de necesitarla. El Mágico volvió, y en seguida se pusieron á comer. A los pocos bocados la princesa pidió de beber, y brindando á la salud de él, la contestó, teneis razon para elogiar vuestro vino; yo no he gustado otro mejor, bebed ahora á mi salud. Luego que habian acabado de beber, hizo seña á una muger para que la alcanzase su copa, y tomando el Mágico la suya, la princesa le dijo: yo no sé cómo se hace en vuestra tierra cuando se quiere bien á otro; en la China los amantes se presentan sus copas reciprocamente. El Mágico alargó su copa, y recibió la de la princesa, mirándola como el mejor favor que pudiera hacerle; antes de beber, princesa, la dijo: no olvidaré jamás de haber encontrado bebiendo en vuestra copa una vida de que vuestra crueldad me habia hecho perder la esperanza si hubiera conti-

nuado; bebamos, dijo la princesa, llevando la copa á sus lábios, mientras el Mágico la apuró. Como él habia inclinado la cabeza hácia atrás para escurrir el vaso, permaneció algun tiempo en este estado, hasta que la princesa vió que los ojos se le volvian, y que cayó sin sentido en el suelo. La princesa se levantó de la mesa; entra Aladin diciendo que le dejasen solo; de que todos se salieron, se llega al cadáver, abre su vestido, le saca la lámpara, la frota, y el genio se le presenta. Te llamo, le dijo, para que inmediatamente lleves este palacio al sitio que ocupaba antes; el genio desaparece, y el palacio fué llevado otra vez á la China, frente por frente al del Sultan. Bajando Aladin al departamento de la princesa, la abraza y la dice: esposa, puedo asegurarte que vuestra alegría será completa mañana. Se pusieron á comer juntos los dos esposos, disfrutando del vino del Africano, retirándose despues á descansar.

Desde la desaparicion del palacio de Aladin, el Sultan estaba inconsolable, no dormia ninguna noche, y por las mañanas iba al gabinete por ver si el palacio estaba en su lugar. Luego que amaneció fué, como tenia de costumbre, á mirar tristemente el vacio que habia dejado el antiguo palacio; pero ¿cuál fué su admiracion cuando percibió que este se elevaba magestuoso en el propio sitio que antes ocupaba, y que lo que á él le parecia efecto de su imaginacion acalorada, era una realidad.

Previsor Aladin de lo que podia suceder, se levantó al amanecer, y asomándose vió venir al Sultan, y bajó á recibirle; Aladin le dijo: no puedo hablaros sin que haya visto y abrazado antes á mi hija, y dirigiéndose al cuarto de la princesa la contempló algun tiempo sin poderla hablar, á causa de la emocion que experimentaba; al fin, tomó la palabra, diciéndola: hija mia, quiero creer en la alegría que tienes en verme, lo que hace que estés como si nada te hubiera sucedido; aunque me persuado que habrás sufrido bastante; por lo mismo quiero que nada me ocultes. La princesa tuvo un gran placer en hacer á su padre una fiel narracion de cuanto le habia sucedido.

El Sultan, quedando sumamente satisfecho, suplicó á Aladin le perdonase la severidad con que le habia tratado, en vista de que todo cuanto habia hecho, nacia del amor que profesaba á su hija. Aladin le aseguró que no tenia la menor queja sobre este punto, sino contra el Mágico, cuyo cadáver hizo echar en el campo para que sirviese de pasto á los animales, en tanto que en la capital y en el reino se hacian fiestas públicas en honor del regreso de los príncipes. Así escapó Aladin por segunda vez del peligro casi inevitable de perder la vida, pero este no fué el último; todavia tuvo otro, de que vamos á hacer mencion.

El Mágico tenia un hermano, tan hábil como él en el arte prodigioso, el cual, aunque establecido en otra villa, tenia la costumbre de consultar todos los años, por la geometría, la parte del mundo en que su hermano se hallaba, y si tenia necesidad de su auxilio.

Así pues, un día que tomó su cuadrante para hacer esta operacion,

formando el horóscopo, conoció que su hermano no existía, con todas las circunstancias que habían promovido su muerte; y tomando entonces la resolución de vengarlo, se puso en camino para la China.

Después de muchas fatigas y un penoso viaje, llegó á la capital, donde se alojó. A la mañana siguiente de su llegada salió á pasearse por la ciudad, y en un sitio donde se reunian varios á jugar, oyó que contaban muchas maravillas de una muger llamada Fátima; como creyó que esta muger podria serle útil para poner en egecucion su designio, llamó aparte á uno y le preguntó qué clase de milagros eran los que hacia. ¿Qué, le dijo: no habeis visto á esta santa muger? Es la admiracion de todos por sus ayunos, sus austeridades y por el buen ejemplo que dá. A la reserva del lunes y viernes permanece constante, sin salir de su pequeña ermita, y los dias que sale hace bienes infinitos, no hay persona que esté atormentada por el dolor de cabeza que no encuentre alivio con la imposicion de sus manos. No quiso saber mas el Mágico, que informado donde vivia esta muger, á cosa de la media noche se dirigió allá.

No le costó mucho trabajo abrir la puerta por estar solo con picaporte; entró, y viéndola con la claridad de la luna que estaba acostada y vestida sobre un sofá, despues de sacar un puñal que llevaba; se acercó á ella, y despertándola, la presenta el puñal al pecho, y la dice: si gritas ó haces el menor ruido, te mato; levántate y haz lo que te mando. La pobre Fátima, asustada de ver á un hombre que la pone un puñal al pecho, se levanta llena de miedo: no temas, la dijo el Mágico; no te esijo mas que me des tu vestido y tomes el mio. Hicieron el cambio, y de que estaban vestidos la mandó colorearse su cara del mismo color que ella la llevaba. Fátima le hizo entrar en un cuarto, en donde, encendiendo luz, le untó la cara con cierto licor, asegurándole que el color era el mismo que ella se daba; despues, dándole el baston con que ella se apoyaba, le puso el velo con que se tapaba cuando iba por la ciudad. Disfrazado el Mágico como pudiera desear, y faltando á su juramento no la quiso dar de puñaladas por miedo de que se viese sangre, pero ahogándola la arrojó á la cisterna de la ermita, pasando él en aquel sitio todo lo que faltaba de noche.

Salió por la mañana, y lo primero que hizo fué reconocer el palacio como punto de su venganza. De que la gente vió la santa muger, rodeando al Mágico por todas partes, le besaban las manos unos, otros se encomendaban á sus oraciones, otros se ponian delante para que los pusiese las manos en la cabeza, todo lo que él imitaba tan bien, que nadie dudaba que fuese la Fátima. Por último, habiendo llegado al palacio, la princesa, movida de ver tanta gente junta, preguntó qué era aquello, y satisfecha por una de sus mugeres, como hacia tiempo habia oido muchas cosas de la santa muger, la mandó llamar por el jefe de los eunuocos. El Mágico, que no deseaba otra cosa, respondió: la princesa me hace mucho honor; estoy pronta á obedecerla, y siguió al eunuoco.

De que hubo entrado en el salon y visto á la princesa, desplegando toda la rateria de impostor é hipócrita, dijo tantas cosas, que la princesa se persuadió que era una santa elegida por Dios para servirle. Mi buena madre, dijo la princesa, aprocsimaros y sentaros junto á mí, os doy gracias por vuestras oraciones, y espero que Dios las oirá. La falsa Fátima se sentó con el mayor respeto. Os pido una cosa, continuó la princesa, que necesito me la concedais, y es que vivais conmigo, á fin de que me entretengais con vuestra vida, y aprenda de vos á servir á Dios.--Princesa, contestó la Fátima, os suplico no ecsijais de mí una cosa á la que no puedo consentir sin distraerme de mis ejercicios de devocion.--Eso no debe de daros cuidado, yo tengo muchos departamentos desocupados en donde podeis vivir á vuestro gusto. El Mágico, deseoso de introducirse en palacio para llevar á cabo su proyecto, á pocas instancias, dijo: aunque he hecho ánimo de retirarme del mundo, no obstante no me atrevo á resistir á vuestra voluntad. Entonces, levantándose la princesa, la llevó para que viera las habitaciones y eligiera una, como así lo hizo con la mas simple, y cuyos muebles eran mas sencillos. La princesa la volvió á traer al salon de las veinte y cuatro ventanas para que comiese con ella; mas como entonces tenia qué descubrirse la cara, la suplicó no la obligase por tener hecho juramento de no comer mas que pan y agua, á lo que la princesa tuvo que ceder, comiendo sola. De que se levantó de la mesa volvió la Fátima, y hablando sobre el palacio de Aladin, manifestó la princesa lo contenta que estaba en poseerle; ¿qué te parece de este salon? la preguntó. Princesa, dijo la Fátima, es de una verdadera y admirable hermosura, pero me parece le falta una cosa.--¿Qué cosa, mi buena muger? Me parece, respondió la Fátima con gran disimulo, que si en medio de este salon hubiera un huevo de Roc, suspendido en el aire, no tendria semejante en las cuatro partes del mundo.--Y bien, ¿qué clase de pájaro es ese Roc, ó dónde se podria encontrar un huevo?--Princesa, este es un pájaro de un gran tamaño que habita en lo mas alto del monte Cáucaso, y vuestro arquitecto puede encontrar uno.

Despues de dar infinitas gracias á la falsa muger, del consejo que la habia dado, estaba la princesa deseando por momentos que Aladin volviese de su cacería. Así que llegó, que fué en el mismo dia, subió al departamento de la princesa, y saludándola, le pareció que le recibia con un poco de frialdad. Princesa, la dijo: no halló en tí la misma alegría que otras veces, ha sucedido alguna cosa durante mi ausencia que os haya desagradado?--Es tan poca cosa, dijo esta, lo que me tiene inquieta que no creia se me conociese.--Estábamos tan creidos que nuestro palacio era el mas completo del mundo; pero os diré lo que me ha venido á la imaginacion, y es que si tuviera en medio un huevo de Roc sería entonces completo.--Pues si en eso consiste tu mal humor, la contestó Aladin, verás por mi diligencia en poner el huevo que pronto le disipo. En el momento se aparta Aladin de la princesa, sube al salon, y allí, frotando la lámpara, se le presenta al instante

el genio. Te pido, dijo Aladin, pongas suspendido del medio del techo de este salon un huevo de Roc para que quede completo. Apenas acabó de pronunciar este nombre, cuando dió un grito tan fuerte el genio, que Aladin estuvo á pique de caer en el suelo. ¡Miserable! no te basta que mis compañeros y yo te hayamos favorecido tanto, para pagarme con la ingratitud de traerte á mi maestro y que le cuelgue en medio de este techo? Este atentado merecía convertir en ceniza á tu muger, á tí y á tu palacio. Pero no lo hago porque no eres el autor, ni la peticion viene directamente de tu parte. Sabés quién es el autor? el hermano del Mágico Africano, tu enemigo, á quien has esterminado como merece. El está en tu palacio disfrazado en Fátima; la santa muger á quien ha asesinado, y él es el que ha sugerido á tu muger que me hagas demanda tan perniciosa; su designio es matarte; á tí es á quien toca poner cuidado, y dicho esto desapareció, Aladin no perdió una palabra de lo que dijo el genio: habia oido hablar de la santa muger, pero no la conocia. Se volvió al departamento de la princesa, y sin mentar una palabra de cuanto le habia pasado, se sentó, diciendo que un gran mal de cabeza acababa de darle de repente. La princesa mandó que hicieran venir á la santa muger, y mientras venia contó á Aladin por qué motivo la habia hospedado en palacio. Luego que Aladin vió á la falsa Fátima, la dijo: venid, mi buena madre, estoy atormentado de un fuerte dolor de cabeza, os pido vuestro socorro por la confianza que tengo en vuestras oraciones, y espero no me negareis esta gracia. Con esto se levantó, é inclinando la cabeza la falsa Fátima se llega á él, y al echar mano á un puñal que llevaba en la cintura, debajo de la ropa, Aladin la observaba, la coge la mano, y antes que le saque, con su mismo puñal la pasó el corazon. Hay, querido esposo, gritó la princesa, qué haceis? habeis muerto á la santa muger?--No, princesa, respondió Aladin, no he muerto á Fátima, ha sido á un malhechor que iba á asesinar me si no lo hubiera yo hecho antes. Este mal hombre que vés es el hermano del Mágico Africano, tu raptor, contándola en seguida por donde habia sabido todas estas cosas. De este modo se libró Aladin de la persecucion de sus dos enemigos. El Sultán, agoviado por sus muchos años, murió al poco tiempo, y como no habia dejado varones le sucedió la princesa Badabudur, en calidad de legítima heredera, quedando por esta causa Aladin con las riendas del gobierno, los que vivieron y reinaron por muchos años, dejando una larga posteridad.

F I N.

**Lista de las Historias que se hallarán,
ademas de esta, en dicha Imprenta.**

- Don Pedro de Portugal.
La Doucella Teodor.
Nuevo Navegador.
El falso profeta Mahoma.
Los siete Infantes de Lara.
Bernardo del Garpio.
Francisco Esteban.
Roberto el Diabolo.
Flores y Blanca Flor.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.
Clamades y Clarmonda, ó sea el Caballo de Ma-
dera.
Napoleon Bonaparte.
El Valeroso Sanson.
Los tres Hermanos corcobados de Braganza.
La gloria de Betulia por Judhit.
Esther y Mardocheo.
Fernan Gonzalez.
El pais y condiciones de los Enanos.
El pais y condiciones de los Gigantes.
Vida de S. Amaro y martirio de Sta. Lucía.
Robinson en una Isla de América.
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.
La Creacion del Mundo.
El Diluvio Universal.
Pérdida y Restauracion de España.
Guerra de España por la Independencia.
Aventuras del hidalgo D. Quijote de la Mancha.
Cartas de Abelardo y Eloisa.
Pierres y Magalona.
La Española Inglesa.
El Toro Blanco encantado.
Guerra Civil de España.
El Emperador Neron.
Pablo y Virginia.
Carlo Magno y los doce Pares de Francia.

